

III PARTE

Su incorporación a Cristo

«Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por los amigos». Jn. 15, 13.

«En esto hemos conocido la caridad: en que El dio su vida por nosotros.

» También nosotros debemos dar la vida por los hermanos». I Jn. 3, 16.

Temores y esperanzas

Así empezaba el año 1936; pero con más temores que esperanzas.

Después de los hechos de octubre de 1934 nadie podía dudar, que días terribles amenazaban a nuestra nación. A raíz de este episodio, Asturias y Cataluña constituyeron una demostración clarísima de cuál había de ser la última etapa del plan satánico que movía aquella política.

Todos esperábamos algo gordo pero no tanto como sucedió y vimos con nuestros propios ojos y experimentamos en nuestra carne. Aquello rebasó todas las previsiones y cálculos humanos.

Se nos preparó una trampa y caímos en ella.

Si por desgracia, o por suerte, no lo sé, Dios lo sabe, fuimos testigos por permisión divina de la más terrible persecución religiosa que se registra en la Historia de España.

Muchas fueron las personas, familiares, amigos y conocidos que cayeron víctimas de aquella cruel persecución. La gesta martirial de muchos de ellos fue asombrosa, por tanto, digna de recordar con veneración.

Desde 1931, al proclamarse la República española hasta el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, hubo tiempo para madurar las ideas revolucionarias que irrumpieron en nuestro país con una ferocidad antirreligiosa nunca vista.

Aquellos cinco años fueron tiempo propicio para la siembra de odios satánicos que cuajaron en trágica recolección de asesinatos, destrucción y miseria moral y material.

La interna y persistente campaña difamatoria contra el clero

secular y regular y de todo lo que oía a iglesia, iba apoyada por el poder público.

La Iglesia se presentaba como estorbo para el progreso social; por tanto estaba condenada al exterminio total. Era el primer enemigo a eliminar y nosotras las religiosas fieles hijas de la Iglesia por la gracia de Dios nos hallábamos incluídas en la tiránica sentencia.

«Aquí se muere por Jesucristo», nos decían los mismos revolucionarios en momentos críticos de inminente fusilamiento.

Por si acaso alguien duda de la motivación cristiana del martirio de tantos hermanos nuestros en la fe, los mismos perseguidores lo proclamaban muy alto y sin ambages, es por la causa de Cristo, porque oían a cera, equivalente a Iglesia.

Llegaron las elecciones de Diputados el día 19 de febrero de 1936. Un deber de conciencia puso a prueba nuestras monjas de Montesión.

Lo que sigue es copiado de la Crónica del Convento, así me ahorro un rato de trabajo mental.

«Hacia tiempo que se estaba avisando a las Comunidades religiosas que se preparasen para ir a votar; se necesitaba el sufragio de todos los derechistas para lograr la victoria tan deseada...

»A fin de obtener del cielo la paz anhelada, durante toda la semana que precedió a las elecciones la Comunidad rezábamos las tres partes del Rosario a cada hora del día, relevándose las monjas de dos en dos haciendo guardia a los pies de la Virgen de la Victoria.

»Lo mismo hicieron durante las noches del 18 al 19 de febrero, añadiendo otras penitencias y ayunos a pan y agua.

»Nuestras monjas, que preferían no salir de la clausura, se vieron obligadas, muy a pesar suyo, a cumplir con este deber civil y procuraron al efecto, arreglar la documentación requerida para cada religiosa. Por parte del Obispado recibimos todos los permisos...

»El día 19 después de rezar Nona viendo que nadie se había presentado a importunarlas para salir y creyéndose libres, por este motivo, de esta obligación, entonaron el Tedeum en acción de gracias, como lo habían prometido nuestras Madres.

Tan pronto lo terminaron empezaron a llamar al torno con incesantes campanadas. Eran las señoras y caballeros que venían

para acompañarlas al Colegio electoral y daban prisa para salir porque no quedaba más que media hora para cerrar el Colegio... A gritos decían: «¡Salgan inmediatamente si no quieren ver mañana mismo quemado el Monasterio!...»

»Solamente diez pudieron presentarse a las Urnas que por estar muy cerca del Convento, fueron a pie, poniéndose en la fila, aguardando el turno. Mientras tanto se puso a llover...»

Con el ambiente dominante no podía esperarse una aventura pacífica; y así fue.

«De las diez monjas tres fueron eliminadas por no presentar los nombres conforme a la lista. Al menor fallo se armaba un jaleo y griterío infernal.» (La cronista que se hallaba presente dice:) «Las monjas acostumbradas al silencio estábamos espantadas y se nos hacía inaguantable aquel griterío. Un señor que las acompañaba viendo el injusto proceder de los que presidían las mesas, llamó por teléfono a un Notario. Los izquierdistas para vengarse también hicieron una llamada telefónica... ¿a quién? Ya lo verán.

»Después de tres horas largas de aguante entre alboroto, los señores acompañantes les daban prisa para que salieran.

»El motivo era que se había presentado un camión lleno de mujeres de mal vivir previamente llamadas por "teléfono" para que al salir las monjas les arremetieran con una rociada de insultos.

»Los guardias se portaron muy bien echándolas fuera y amparando a las monjas.

»Subiendo a los automóviles preparados, entraron en el convento por la iglesia, donde las estaban esperando con ansia el Capellán y los porteros, que se habían enterado de lo ocurrido, burlando de este modo a los alborotadores que andaban por aquellos alrededores.

»Así terminó esta pequeña odisea. Gracias a Dios, bien.

»Al día siguiente se supo la fatal victoria de los izquierdistas»...

No copiamos más porque sería interminable y cansado. Solamente apuntaremos algún detalle cuando nos parezca oportuno hacerlo.

A partir de este día continuos avisos nos llegaban de todas partes, principalmente de los familiares, de que estuviésemos

¹ Crónica del Convento, pp. 279 y ss.

preparadas para salir en cualquier momento porque según rumores iban a quemar todos los templos y edificios religiosos. La comunidad empezó a poner a salvo muchas cosas de la sacristía, archivo, ropería y todo lo de más valor.

Así iban pasando los meses entre temores y esperanzas de un soñado salvamento. Por desgracia esto último se iba esfumando de día en día al anclarse la amenaza de que, de un momento a otro, nos echarían a la calle, nos lo robarían todo y quemarían el convento. Inútiles eran todas las medidas de seguridad.

Y, con aquello de que mientras viva hay esperanza al pasar los meses y la tan temida revolución no estallaba, las Madres creían que ya nada pasaría y no se pensó en sacar más cosas. Al contrario, bastante de lo que se había sacado fue devuelto al convento.

Mar de fondo y una disparatada profecía

No recuerdo con exactitud la fecha pero era en 1936 poco antes de estallar la revolución, tal vez en el mes de junio o principios de julio, cuando una tarde de súbito nos fue anunciada la visita del Sr. Obispo Dr. Iruirita. Estaba en el locutorio y deseaba ver urgentemente a la comunidad.

Vestía sotana negra como un simple sacerdote y le acompañaba su familiar.

Con su bondad característica en breves palabras nos expuso el objeto de su visita que hacía a ruego del Sto. Padre, a todas las comunidades de Religiosas encargándonos muchísima oración por Rusia; encareciendo guardásemos silencio del móvil de esta visita.

Como era preciso pasar por todas las comunidades rápidamente cumpliendo la orden del Papa, no se detuvo más tiempo.

Nos exhortó con piadosa argumentación a una oración más intensa de confianza en Dios y abandono en su Providencia.

Dado la aciaga perspectiva política, nos dio todos los permisos necesarios en caso de exclaustación. Y con su paternal bendición se despidió de la comunidad.

Pocas monjas de las que estaban presentes y aún viven, se acuerdan de esta visita. En la Crónica quedó escrito.¹

Pero yo lo tengo muy presente y note que el Obispo estaba muy impresionado. ¿Qué sabía? ¿Quién le había avisado de la hecatombe que se avecinaba y de lo que iba a suceder? Lo ignoramos.

Venía por orden del Papa y su aviso era oportunísimo, al

¹ Crónica del Convento, pp. 276-277.

mismo tiempo que alarmante. Debíamos de prepararnos.

A pesar de todo nosotras continuábamos felizmente en el noviciado. Durante la recreación con la M. Josefina hacíamos nuestros comentarios sobre la información que nos llegaba de fuera y como que no estaba en nuestra mano el remedio de tantos males callejeros procurábamos hacer nuestros proyectos para cuando estuviéramos de vuelta. Había mucha ilusión, buenos deseos de mejorar en todo, y ser santas. Tocando de cerca el peligro es cuando se ora mejor y con más fervor, y se renuevan las promesas de fidelidad. Nuestro Señor veía complacido nuestra sincera adhesión a El.

La M. Josefina nuestra Maestra, estaba satisfecha, gozaba de vernos tan valientes, pero en su interior sufría. Más experimentada que nosotras presentía el mal que se nos venía encima y los peligros en que se encontraría su rebaño que tanto le había costado y en que ella tenía puesta toda su esperanza para el porvenir de Montesión.

Estábamos en el mes de julio y el malestar se iba incrementando por todas partes de España. La confusión política se agravaba, la persecución religiosa era patente y aplaudida, quemaban edificios religiosos, robos, inseguridad pública y continuas concentraciones de masas con sus depravados intentos de reducirlo todo a sangre y fuego.

Pero el acontecimiento más estrepitoso y alarmante que puso el pueblo español al rojo vivo fue el asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936.

Recuerdo como si fuera ayer, una recreación que marcó época en mis recuerdos de aquellas fechas, no se me borrará nunca.

Pasó lo siguiente: Estábamos reunidas, la M. Josefina y otras novicias comentando este infausto suceso que conmovió a toda la gente de paz. Decíamos como todos; algo gordo pasará. Espontáneamente una de nosotras musitando dijo: "si Nuestro Señor se contentara con el sacrificio de una de nuestra comunidad y, todas, y todo lo demás se salvara ya podríamos conformarnos". Lo veíamos todo perdido y el sacrificio de una sola lo considerábamos como un milagro... un favor de Dios...

Aquellas palabras dichas sin reflexionar, lanzadas al aire, tuvieron eco en el cielo y en la tierra.

En aquel preciso momento yo miraba a la Madre y vi con el gesto que hizo que aquellas palabras le habían impresionado.

Bajó la cabeza, cosa de unos instantes muy seria y algo triste.

¿Se ofrecería a Dios para ser ella la víctima, la única?

De momento ninguna dio importancia al incidente, ni se acordaron más de ello. En cuanto a mi aquella escena me quedó grabada en la mente y en el corazón para siempre.

¿Sería porque fui yo la que lanzó aquella malaventurada parrufada? Lo cierto es que Dios nos cogió de la palabra. Esto será el primer punto de semejanza en que nuestra Madre Josefina empezará a participar de la pasión de Cristo. Y nosotras hicimos de Caifás profetizando (de distinto modo e intención), que el sacrificio de una podría salvar a las demás.

La verdad es que la Madre Josefina fue la escogida, la que dio su vida por su comunidad. ¡Y cuán caro le costó nuestra salvación!

La Madre hablaba a veces del martirio manifestando sus deseos de alcanzar esta gracia y animaba a las monjas a ser generosas y valientes, que si Dios nos exigía este sacrificio nos daría las fuerzas necesarias para ello. Que tuviéramos mucha confianza en el Señor... Palabras que se llevaba el viento, nadie arrimaba el hombro, todas deseábamos salvar la piel y a poder ser morir tranquilamente rodeadas de nuestras hermanas.

De todos modos, en el caso de hallarnos en este trance, con la gracia de Dios hubiéramos también dado nuestro testimonio de fe con nuestra sangre.

Dos días después de la fiesta de la Virgen del Carmen vino a vernos el P. Enrique Pondal, O.P. y nos comunicó que la defensa contra el comunismo estaba preparada y a punto de estallar una sublevación militar.

No debía ser muy secreta la noticia porque los familiares de las monjas venían continuamente, aconsejándonos que saliéramos cuanto antes del convento, marchándose muy apenados al persuadirse de que las monjas permanecerían tranquilas, pensando que tal vez no habría necesidad de salir.

Todos esos días, dos monjas, Sor Carmen Badía y Sor Catalina Fuster, se pasaban las noches en vela a fin de que la comunidad pudiera descansar con tranquilidad.

El sábado día 18 alguien vino a traer ropa de seglar para la M. Josefina que la necesitaba y aterrados decían: que era de miedo ir por la calle, por el ambiente y caras raras que se veían. No querían ni sentarse, un nerviosismo se apoderaba de todos

ellos y marchaban cuanto antes. Y con motivo.

En Ceuta se había levantado el ejército contra la República. ¿Qué pasaría?

Los visitantes insistían en que las monjas se pusieran a salvo, que no lo demorasen más. ¡Eran horas de peligro casi inminentes!

¡Y las esposas de Jesús no aparentaban acobardarse!

De este modo tuvimos la suerte de gozar unas horas más del apacible ambiente del claustro; y queríamos al mismo tiempo demostrar al Señor hasta lo último nuestra constante y fiel adhesión a El.

Rendirse es lo último, cuando ya no hay esperanza. Por eso ninguna quería ser la primera en salir y las familias marchaban apenados al vernos tan "conventuales".

Por fin vino el Capellán al locutorio avisando que la guerra había empezado, que estuviésemos preparadas para salir de un momento a otro.

Las Madres no quisieron alarmar a las monjas con esta noticia de última hora, porque no se sabía si de momento era buena o mala; de modo que en lugar de prepararse para salir todas nos fuimos a descansar tranquilamente hasta que la campanita nos llamó a las tres y cuarto de la madrugada para ir al coro a rezar Maitines y Laudes, etc.

En aquellas horas reinaba en la calle un silencio impresionante. Nadie transitaba.

Un dramático día

"19 de julio Era una alegre y hermosa mañana estival... ¡un domingo!

La comunidad reunida en el coro había terminado el rezo de Maitines y Laudes.

Sonaba la última campanada de las cinco. Se había leído el primer punto de la meditación dejando sumidas en el más santo silencio a unas almas ávidas de recogimiento y trato íntimo con Dios."

De este modo empieza la cronista la narración del dramático día que íbamos a empezar.

Todo una poesía. Y continuó:

«Pasaba un cuarto de hora y sin más preámbulos, una descarga cerrada de metralla incesante se produjo en torno de nuestro convento... El asalto parecía inminente... Silenciosas y sobrecogidas de espanto nos mirábamos unas a otras desfavoridas sin saber qué hacer ni a qué atribuir aquel estruendo. Parecía que el convento se venía abajo... ¡fue tan brusco el empezar! ¡Qué disonancia tan grande entre la paz que reinaba en nuestro recinto y el combate bélico que en el exterior se producía!

»Desgraciadamente los auspicios de los familiares que el día anterior invadían el locutorio, aconsejándonos que saliéramos, se habían cumplido. La Revolución había estallado en toda España... Empezamos el rezo continuo del Santo Rosario.

»Las enfermas y ancianas se habían levantado asustadas. Los disparos aumentaban y el pánico y la preocupación nuestra también...» Hasta aquí la crónica.¹

Mientras tanto vino el Capellán a informarnos de lo ocurrido en la calle. Todo estaba perdido.

¹ C. del Convento, pg. 287.

El caso era que cerca de nuestros muros se estaba batiendo la última batalla donde el general Goded tuvo que rendirse después de varias horas de encarnizado combate. Con esto había quedado sofocado el levantamiento militar en Cataluña.

Desde aquel momento los comunistas quedaron amos de la situación y del Estado y triunfantes ondeaban su bandera roja y los fusiles en ademán de absoluto dominio.

El viernes anterior había llegado un barco lleno de armas que fueron entregadas a la F.A.I.

Los presidiarios puestos en libertad fueron los primeros beneficiados y ansiaban manejar a su arbitrio aquellos instrumentos de muerte. Su afán satánico de vengaza empezaba en aquella misma hora.

Los disparos no cesaban. ¡Cuántos sacerdotes, religiosos y seglares fueron asesinados en el primer encuentro con aquella diabólica horda que parecía salir del infierno!

A las nueve de aquel funesto día 19 se incendió la iglesia parroquial de Sarriá y sucesivamente fueron quemando todas las de Cataluña excepto la Catedral, Montserrat y Poblet que ocuparon como cuartel o sanidad militar.

Los Monasterios quedaban abandonados por sus moradores lanzándose a la calle donde eran perseguidos, martirizados y muertos. A pocos metros de nuestro convento, en la Diagonal, el día 20 por la mañana, los Padres carmelitas al abandonar el convento eran ametrallados en la misma calle, unos murieron al instante, otros después a consecuencia de las heridas y los que podían escaparse, fueron perseguidos y cruelmente asesinados. Nueve miembros de aquella comunidad fueron víctimas de la sangrienta persecución. Siendo ellos los primeros Religiosos de Barcelona que encabezaron la lista de los mártires. No pongo los nombres por no alargar demasiado esta historia.

En cuanto a nosotras; por la mañana el Dr. Cots, nuestro Capellán, mandó abrir la iglesia y celebró la misa conventual a las nueve y media por si alguien quisiera asistir; pero no com pareció nadie, ni los P.P. Dominicos de la Residencia de San Gervasio que todos los días venían a celebrar en nuestra iglesia. Era temerario poner los pies en la calle...

La comunidad comulgó y rezó las Horas menores seguidas para adelantar tiempo por si ocurría algo.

El Capellán pasó el Santísimo al Sagrario del comulgatorio,

como lo iba haciendo los días anteriores a fin de que, en caso de necesidad, las monjas pudieran recogerlo sin bajar a la iglesia. Y vistiéndose de seglar marchó a una casa vecina.

Nosotras pasamos el día en el silencio de la oración. El Rosario sólo se interrumpía para los actos de comunidad.

Al atardecer llegaba la noticia oficial de que el comunismo había salido vencedor y con este triunfo nuestra sentencia estaba promulgada. No obstante, nadie se decidía a abandonar el convento.

¡Es imposible que Nuestro Señor lo permita!, decían las Madres confiadas... Pero en los designios de Dios estaba que así fuese.

Los sobrinos de la M. Pilar aquella misma tarde vinieron por ella. Pero la Madre aún tenía esperanza de que no sería necesario, y no quiso marchar.

Nadie más se asomó por el convento.

Aún aprovechamos aquellas horas para sacar cosas de valor y archivo.

Luego cerramos las puertas e inmediatamente después de cenar fuimos a rezar Completas, pues las monjas no estaban para cantarlas ni era prudente hacerlo.

Terminadas las Completas nos retiramos a descansar.

Algunas monjas se habían acostado ya y otras se disponían a hacerlo, cuando la familia vecina encargada de protegernos nos mandó un recado por medio del sacristán diciendo: Que era imprudente quedarse más tiempo. Los conventos e iglesias inmediatas estaban ardiendo, retardar la salida comprometía su protección si las turbas se apercebían de la huida.

Ante tal evidencia la comunidad se resolvió a abandonar el convento.

Nos vestimos de seglar y cada una con su paquetito en la mano emprendimos la marcha, desterradas de nuestra mansión querida. Tristes nos despedimos de aquellas amadas paredes. ¡Volveríamos a pisar este trozo de tierra bendita?

Con nuestro incómodo disfraz nos pusimos a realizar una gesta muy digna de mención.

La comunidad se componía de 28 monjas y una postulanta de 18 años que hacía dos meses había entrado y tampoco quiso marchar. Deseaba compartir los mismos riesgos y peligros de la comunidad por la causa de Dios.

Una formidable aventura

Sí, os lo aseguro, aquello fue una formidable aventura. Es que, "El amor es fuerte como la muerte... Grandes aguas no pueden apagar el amor..." Ct. 8, 6-7. El amor es atrevido.

Y lo voy a contar como pasó:

Pasaban ya las diez de la noche de aquel dramático día 19 de julio. Cerramos las puertas del convento, apagamos las luces y nos pusimos en marcha escaleras arriba.

El sacristán, una bellísima persona de toda confianza, muy piadoso, nos acompañaba.

En lo más alto del convento al lado de la iglesia había un terrado. El muro estaba separado de la galería de la casa vecina cosa de un metro aproximadamente.

De antemano se había preparado un puentecillo de madera que encajado en ambos muros podíamos pasar al otro lado empleando una escalera de mano para subir al improvisado andamio y dar un salto sobre una silla colocada en la galería vecina. Para colocarlo subió con nosotras el sacristán, que una vez sujetado el armazón pasó al otro lado.

La noche estaba oscura, el precipicio imponente, no podíamos encender ni una cerilla, nos hubieran divisado desde la Rambla de Cataluña, el silencio era absoluto. Así es que todas estas precauciones eran estrictamente necesarias.

En este momento fue cuando se organizó la más original procesión, tal vez la primera de este estilo, que hayan contemplado los moradores del cielo.

Un poco antes de partir, Sor Carmen Badía con un gesto heroico, fue al Altar donde estaba la Virgen de la Victoria y con lágrimas en los ojos y sacando fuerzas que no tenía arrancó

la imagen de su sitio y subió con ella arriba.

No, no podíamos abandonar esta venerada imagen, la misma que D. Juan de Austria al llegar a Barcelona vencedor de la célebre guerra de Lepanto entregó junto con otras imágenes y trofeos a esta ciudad.

Con esta estratagema salvamos esta preciosa figura del sacrilego incendio iconoclasta. Por cierto, la úncia que quedó ileso y con vida, digamos así, de las innumerables imágenes grandes y pequeñas adquiridas por espacio de seis siglos en Montesión.

Todo preparado, empezó el desfile de esta hermosa y singular procesión entre cielo y tierra.

La primera que franqueó el puente fue la Virgen nuestra Madre. Ella inició la procesión como prueba y signo de que guiaría nuestros pasos mientras durase nuestro forzado destierro del convento.

Si las circunstancias no lo hubieran impedido, de muy buena gana entonábamos el, Bajo tu amparo... *Sub tuum praesidium*.

Después pasamos una a una todas las monjas. Al final iba la sacristana Sor M.^a Catalina Fuster con el Sagrado Copón con el Santísimo envuelto en un lienzo. Detrás venía Sor M.^a Montserrat Bárbara llevando la bolsita del corporal; y la última Sor Isabel Gomariz con la lamparita del Santísimo ocultando la luz como podía.

Todas procuramos tener la máxima serenidad a fin de no perder el equilibrio necesario al vadear el abismo.

¡Qué hermoso espectáculo! Aquí podríamos emplear con propiedad estos términos tan de moda hoy. ¡Formidable! ¡Fantástico! ¡Fabuloso!

Las místicas palomas abandonaban su palomar llevándose por los aires sus dos más caros amores, Jesús Eucaristía; y la Virgen Madre.

¿No nos mirarían los Ángeles desde el cielo con emoción y entonarían dulces cantos ya que no podíamos nosotras hacerlo? El acto lo requería.

O tal vez llorarían al ver echado de su Casa al Rey del Cielo y de la tierra y a su Santísima Madre.

Lo cierto es que esta escena tenía lugar aquella memorable noche de nuestra fuga del convento.

Aquel paso del puente aéreo tuvo también su lado cómico. Para las jóvenes no hubo problema, fácilmente traspasamos la

frontera. Pero las de edad y las de más peso, pasaron sus apurillos haciendo pinitos entre lágrimas y risas. Gracias a Dios, todas llegamos a término sanas y salvas.

El único caso algo comprometido fue el de nuestra Sor Presentación, la enfermita que dado su deficiente estado mental, un tanto agravado por los acontecimientos de aquellos días, no quería subir; le dio por reír y dando un paso adelante y otro atrás no había modo para que subiera al puente.

La buena M. Josefina con toda su delicadeza y paciencia logró poco a poco hacerla subir y pasar. Todas respiramos a fondo.

Como que el piso era pequeño para tanta gente los vecinos de la misma casa nos ofrecieron los suyos y así nos repartimos en tres grupos. Aquellas amas de casa muy conocidas de las monjas se desvivían por nosotras.

Sobre un tocador se extendió el corporal y sobre él se colocó el Copón con el Smo., al lado la lamparita encendida. En aquellos momentos nos alentaba e infundía valor la presencia de Jesús entre nosotras. Junto a El pasamos las largas horas de la noche. Algunas veces íbamos a la galería a contemplar el triste espectáculo de grandes nubes de humo con reflejos rojos del fuego que reducía a cenizas los templos de la ciudad. Empezamos a comprender y a convencernos que nuestra excaustración sería larga.

Aquellas buenas familias que nos habían acogido nos ofrecieron algo para comer pero no quisimos tomar nada. Les agradecemos esta delicadeza y las Madres les suplicaron fueran a descansar. Así lo hicieron dejando sobre la mesa del comedor galletas y vino por si queríamos tomar algo.

Como es de suponer ninguna de nosotras probó bocado, no teníamos ni apetito, ni humor. Pero el principal motivo era que todas deseábamos comulgar y para ello era necesario guardar el ayuno.

Las Madres hacían sus planes para poner a salvo la comunidad. Aquello era solamente un refugio provisional y de escapada.

Sería demasiado prolijo contar todo lo ocurrido empezando por Sor Presentación que quería ir a encontrar a los revolucionarios para convertirlos a todos; pero... en un ruido que oyó huyó como un rayo a esconderse... Pasemos todo esto de largo y vamos a lo más esencial.

La Madre Priora era del parecer que volviéramos al convento a rezar Maitines pero prefirió que libremente cada una manifestase el suyo y el resultado fue que todas las palomas volaron al palomar.

Sor Carmen Badía con otras, las más valientes y atrevidas nos decidimos a pasar por el famoso puente antes de clarear el día. Todas las otras entraron al convento por la calle.

Una vez dentro, vino el Capellán y distribuyó la Sagrada Comunión. Luego celebró la Misa.

Para algunas esta Misa y comunión fue la última de su vida. Como aconteció a nuestra M. Josefina y Sor Presentación. Estábamos muy lejos de imaginarnos que aquella comunión sería su Viático para entrar en la posesión del Reino a no tardar.

Para otras era la última misa y comunión hasta la liberación. La cronista, y alguna monja que aún vive, recuerda el triste espectáculo de aquella celebración; "¡Qué caras tan tristes tenían las monjas durante el santo sacrificio de aquella mañana... con sus trajes extraños que la mayoría ni sabían llevar!"...

Después de la Misa, serían las seis de la mañana, nos reunimos en el refectorio para tomar algo.

Todo fue empezar cuando de nuevo se presentó el Capellán dando orden de salir inmediatamente del convento recomendando no llorar. Era muy comprometido ir por la calle del alboroto y tiroteo que se armaba.

Era el lunes día 20 por la mañana cuando empezó la fatídica dispersión.

Aquello iba más que en serio. Era cuestión de preparar bien los ánimos porque nuestro éxodo sería largo.

Después de la imperante orden del Capellán para salir, monjas hubo que tuvieron la osadía de recoger cosas y transportarlas a un piso desocupado que nos prestaron en la misma Rambla Cataluña, 119. A estas valientes se agregó el Sr. Paulí para ayudarles, dándoles prisa para abandonar el convento definitivamente.

La primera que salió fue Sor Carmen Badía, la organista y archivera. Vale la pena que le dediquemos unas líneas en recuerdo a su heroica fidelidad monástica y vida religiosa ejemplar.

De salud muy delicada, últimamente sólo vivía de leche y de algún huevo. A pesar de ello, era la primera en levantarse y la encargada de llamar a Maitines a las tres y cuarto de la madrugada.

Llevaba un aparato ortopédico para sostenerse que le ocasionaban frecuentes y dolorosas heridas. Sufrió *mal de Pot.*

Asidua hasta el extremo en su oficio de organista. Jamás los dolores eran suficiente motivo para dejar de acompañar el canto del Oficio Divino y los demás actos litúrgicos por lo que tenía un celo extraordinario y animaba a todas para ir de más en mejor.

Creo ya lo llevo consignado en otro lugar que, junto con la M. Josefina eran dos campeonas en este arte y culto divino.

Además, hacía algunos años, tenía a su cargo el archivo, que ordenó y estudió con el máximo cariño. Tenía mucha facilidad en la traducción de los pergaminos y clasificación de do-

cumentos, comunicando en seguida a todas las religiosas del convento, el resultado de sus investigaciones, siendo para ella un gozo inmenso el aumento de datos para la Crónica de Montesión.

Debido a su delicada salud, la salida del convento, ¡de su amado convento! y la dispersión de la Comunidad, la afectó muchísimo y tuvo que guardar cama.

Desde muy pronto fue tomada su casa por asalto por el elemento rojo; buscaban a un hermano suyo para matarlo que pudo escaparse y esconderse.

En el mes de setiembre volvieron para un registro cuando se hallaba sola con su anciana madre. Se le impuso un riguroso interrogatorio y aunque estaba en cama enferma querían llevarla. Esto fue causa de que a su madre le diera un síncope, visto lo cual, los milicianos demoraron su detención hasta el día siguiente. Al llegar su hermana y enterarse del peligro en que se hallaba Sor Carmen, pidió a Dios un medio para poderlo sortear consiguiéndolo providencialmente, y fue que, habiendo muerto en Barcelona, por aquellos días, la M. Amada de Chantal, Superiora de las Salesas de Manresa que debía embarcarse para Italia, se pensase en ocupar la plaza que en el barco tenía reservada la M. Amada, por nuestra buena Sor Carmen Badía. Efectivamente, la sacaron de su casa, conducida en camilla hasta el vapor *Sicilia*, quedando burladas de esta suerte las pérfidas intenciones de sus perseguidores, que la buscaban para matarla.

En el barco tuvo la suerte de encontrar a dos religiosas dominicas del convento de los Angeles de Barcelona, las dos hermanas, M. Lourdes y M. Mercedes Escamilla, que huían también de la persecución comunista y del imperio del terror y de la muerte.

El encuentro con estas dos hermanas de hábito fue un consuelo muy grande para Sor Carmen y un gran lenitivo en su tribulación.

Llegadas a Roma, el P. Montoto, O.P. colocó a las tres dominicas en el convento de Marino de nuestra Orden que la cuidaron con admirable amor de hermanas. Algo recuperada, aun asistía a los actos de comunidad y se entretenía con su mano izquierda, lo único que le quedaba sano, en escribir cuanto recordaba para continuar la Crónica de su amado convento. (Estos apuntes fueron entregados a las Hermanas Escamilla, que

una vez repatriadas después de la guerra las llevaron al Convento de Montesión y con ellos se pudo continuar la Historia del Convento).

Nuestra amada Sor Carmen Badía falleció el 5 de diciembre de 1936 a los dos meses escasos de hallarse en Italia refugiada en el convento de Marino.

Tuvo el consuelo de verse asistida y acompañada en sus últimos días de las dos monjas catalanas que desde el encuentro en el barco la atendieron con cariño de hermanas.

Desde estas páginas reiteramos nuestra gratitud a estas hermanas, a la Comunidad de Marino y al buenísimo y recordado P. Montoto. Que Dios les haya recompensado a todos su gran caridad.

Dejemos ahora a Sor Isabel que nos cuente su salida del convento. Marchó sola.¹

“Aparentando serenidad y valor me lancé a la calle con paso decidido; por dentro sobrecogida de espanto ante el espectáculo que la ruta ofrecía... por las calles era un reguero continuo de sangre, algún que otro cadáver, caballos muertos (recuérdese que el día anterior, nuestro barrio fue campo de la última lucha bélica) pero lo que más espanto infundía eran las terribles caravanas de los revolucionarios apoyando sus armas por los cuatro lados de los autos y armados ellos hasta los topes.

“Los disparos eran continuos y había que cruzar las calles y buscar refugio en una entrada para no ser herida... me sentía desfallecer pensando en el largo trayecto a salvar hasta llegar a casa”.

El domicilio de Sor Isabel fue asaltado por continuos registros, buscaban a su hermano Emilio y a ella para matarlos, por este motivo tuvieron que refugiarse en diferentes casas. Un día se presentaron a las dos de la madrugada ocho hombres de lo más feroz, buscando a la monja y a su hermano. Gracias a Dios hacía poco que estaban fuera.

Sor M.^a de Jesús también tuvo sus peripecias aquel mismo

¹ Sor Isabel de la Trinidad Gomariz Lozano. Nació en Cartagena (Murcia). Entró en el Convento de Montesión el 2 de agosto de 1932, siendo Priora la M. Josefina Saulea. Vistió el Hábito dominicano el 3 de febrero de 1933 e hizo su Profesión Temporal el 5 de febrero de 1934. Durante la Revolución pasó a Francia con otras religiosas de la Comunidad de Montesión hospedándose en Prouille donde renovó los Votos el día 22 de julio de 1937. Terminada la guerra al reunirse la Comunidad emitió los Votos Solemnes el 2 de abril de 1940. Murió el día 21 de diciembre de 1981 a los 89 años de edad.

día 20 de julio. Marchó a su casa en San Andrés, acompañada de un pariente suyo cogiendo el tren en lugar del tranvía. Al registrarla los empleados de la estación viendo que llevaba un Breviario (un libro de misa), reconocieron que era monja y presa, la llevaron a la Jefatura donde había tres monjas más de otros Institutos detenidas por el mismo delito de ser religiosas. Sor M.^a de Jesús, al preguntarle su profesión contestó con valentía que, efectivamente, ella era religiosa.

Allí recibieron muchos insultos y las sometieron a largos interrogatorios, gracias a Dios no les hicieron otro mal. Después de muchas diligencias por parte de sus parientes quedó libre aquella misma noche.

Como que era muy tarde, dos milicianos con la escopeta en la mano la acompañaron hasta que hubo entrado en su casa. Pero el Breviario no se lo devolvieron.

Otras monjas de Barcelona no pudieron quedarse en su domicilio para no comprometer a los suyos. El pánico se apoderaba de todos.

Nuestra pobre Sor Inés marchó fuera, a su pueblo, pero fue tanta el hambre que sufrió durante estos tres años, que al reunirse la comunidad terminada la guerra, era irreconocible. Murió al cabo de dos años de una enfermedad producida por la extraordinaria consunción de aquellos años de escasez.

La M. Priora y otras que de momento no podían marchar fuera de Barcelona, se quedaron en un piso de la Rambla n.º 119, que les habían dejado. Allí habían acarreado cuanto pudieron hasta última hora, como colchones, ropa, batería de cocina, algunos platos, provisiones para unos días, proveniente, del convento que tenían cerca.

Además de las monjas estaban refugiados en aquel piso, los padres del Capellán, toda la familia de los porteros, que no teniendo ni sillas ni camas para todos se arreglaban como podían, durmiendo unos en las camas y otros por el suelo.

Las últimas en salir fuimos algunas novicias con la M. Josefina que, pensando que todas estaban ya fuera, cerró las puertas y se llevó las llaves.

Nos alojamos en un piso vecino, donde habíamos pasado la noche anterior cuando salimos por el puente aéreo.

Esta vez marchamos por la calle.

Del improvisado puente no quedaba ni rastro para evitar sospechas.

Apenadas, como es lógico, por tener que abandonar nuestro amado convento procuramos quedarnos lo más cerca posible para ver lo que pasaba y tener también el consuelo de gozar de su vista. Nos atraían las paredes de la Casa de Dios. ¡Éramos tan felices dentro de sus muros! Estas benditas paredes son imán para las que tenemos verdadera vocación.

Pronto se desvanecerían nuestras contemplaciones; otros en crespados derroteros nos aguardaban.

La M. Priora y la M. Josefina convencidas de que todas las monjas habían salido cerraron y nos marchamos como he dicho. Pero no era así. Dentro quedaba Sor Carmen Carretero que con su habitual tranquilidad después del desayuno se fue a descansar sin avisar a nadie.

Pasadas algunas horas se levantó y al darse cuenta de que estaba sola y encerrada se impresionó mucho, pero tuvo serenidad y salió a la huerta gritando para que los vecinos la auxiliasen. Al enterarse la M. Josefina bajaron inmediatamente en su busca y vino a donde estábamos nosotras.

Un susto y un anécdota más para contar y para registrar en la Crónica.

En esta misma mañana, a unos metros de distancia, en la Diagonal tenía lugar el triste suceso de la matanza de los P.P. Carmelitas del que ya he hecho mención anteriormente. El tiroteo era espantoso.

La sirvienta de la casa donde estábamos alojadas que había salido para la compra volvió en seguida pálida y aterrada de lo que había presenciado. Milicianos apuntando con sus escopetas corrían desesperadamente persiguiendo a los carmelitas que abandonaban el convento. Las sandalias rodaban por la calle y varios cayeron muertos. Todo el barrio estaba consternado. Una impresión de zozobra jamás sentida desgarraba los espíritus de todos y evidenciaba un futuro desastroso.

La Revolución se estrenaba con clamoroso éxito y las esce-

¹ Sor M.^a del Carmen Carretero. Nació en Benahadux (Almería) en 1898. Entró en el Convento de Montesión el día 19 de setiembre de 1931, siendo Priora la M. Josefina Sauleda. Vistió el Sto. Hábito el 28 de marzo de 1932. Profesó el 1 de abril de 1933. Hizo la Profesión Solemne el 19 de abril de 1936. Al fallecer el día 29 de mayo de 1958 contaba 85 años de edad y 51 años de profesión religiosa. E.P.D. De ella recibimos larga información para escribir estas páginas sobre la vida de la M. Josefina.

nas trágicas de terror irían repitiéndose sin cesar en el período de casi tres años de angustia, pasión y muerte.

La buenísima familia que tan amablemente nos acogía se desvivía para atendernos; nos prepararon una buena habitación con camas donde poder descansar nuestros cuerpos fatigados del trote de aquellos dos días y sin pegar el ojo durante este tiempo.

En aquella hora podíamos exclamar: "Padre nuestro qué estás en el Cielo. Danos el pan de cada día... Perdona el mal que estamos haciendo todos. Guárdanos de caer en la tentación... En tus manos nos confiamos... Guíanos por estos nuevos senderos de peligro, angustia, pobreza, miedo, desolación, contrastes, etc..."

Que venga pronto tu reino. Hágase tu voluntad.

Un nuevo Padrenuestro expresado más de hecho que con los labios.

Incendio del convento

Martes, tercer día de aventuras y horas imborrables de nuestra vida.

Era bien cierto que nos habían echado de nuestra casa y nos hallábamos como quien dice en la calle, si bien de momento acogidas por gracia y caridad de buenos amigos.

Sufríamos persecución por la causa de Dios, y porque éramos y somos de Dios, tenemos y tenemos que pasar las mismas pruebas y apuros que pasó Jesús nuestro Redentor. "Si el mundo os odia, sabed que a mí me han odiado antes... Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros". Jn. 15, 18, 20.

La persecución es patrimonio de los justos y de los que desean serlo. Y Dios lo utiliza para probar a sus seguidores.

La persecución lo mismo que cualquier dolor tiene su valor redentor.

Si en aquel trance, presas como estábamos de continuas emociones y el ambiente no era propicio para reconcentrarnos en estas serias reflexiones, no por eso nuestros sufrimientos dejarían de tener su mérito delante de Dios.

Con la dispersión de las monjas la vida comunitaria quedó eclipsada totalmente. Pero nos quedaba la M. Josefina a nuestro lado y no sé si sería éste el motivo por el cual no habíamos perdido ni el humor, ni la paz, ni la confianza. La Madre era una de estas personas que su sola presencia proyectaba aliento, entusiasmo, generosidad, alegría de vivir con fuerza, siempre renovada, nuestra profesión. Su desvelo para todas en esos momentos era bien patente. Nos alentaba a todas olvidándose de sí misma que en el fondo era la que más sufriría.

Ntro. Señor nos brindaba el cáliz de la tribulación en peque-

ñas dosis hasta el trago final de la amargura. De momento íbamos a ser testigos de excepción de un acontecimiento sin parangón en la historia de nuestro monasterio.

Amaneció el día 21 con el gran interrogante, ¿qué sucederá hoy?

La respuesta no se hizo esperar.

A media mañana una muchedumbre vociferante de milicianos y milicianas se acumulaba ante las puertas de nuestro amado convento con la perversa intención de reducirlo a pavesas. Una consigna feroz ponía en movimiento aquellos seres inhumanos. "Se han terminado las misas. Todo lo religioso queda condenado al exterminio total". Nada fue respetado de lo más santo y sagrado.

Un incidente inesperado se produjo al ver que no podían abrir las puertas del edificio. Intentaron con todos los medios a su alcance abrir aporreando puertas, ventanas, paredes, nada cedía a sus esfuerzos y furibundos gritaban maldiciendo a las monjas. Al ver frustrados sus intentos se armó en la calle un alboroto de miedo. Enloquecidos buscaban a las monjas para que les dieran las llaves.

Alguien del vecindario nos delató diciendo que estábamos en un piso contiguo. Como un resorte aquella avalancha endiablada se personó ante la puerta de la casa donde estábamos alojadas penetrando dentro, capitaneados por algunos que aparentaban ser los jefes del asalto. Gritaban desaforadamente que la Priora les entregara las llaves, profiriendo palabras de odio y amenazas de muerte.

Hacia poco rato que había venido el sacristán hijo de la portera para hablar con la M. Josefina y no quiso que la Madre saliera. El mismo cogió las llaves y las tiró por la escalera. Aquí la escena subió de punto y exclamaron: ¡La van a pagar! Desde este momento la Priora y las monjas de Montesión con aquel joven que habían visto y alguien les descubriera su identidad, iban a ser el blanco de su criminal y vesánica persecución. Al poco rato de esta desagradable escena toda aquella chusma triunfante con gritos y risotadas entraba en el convento e Iglesia profanándolas de mil modos.

Primero saquearon cuanto quisieron, varios camiones salían del patio cargados con ropa, colchones y muebles.

Mujeres con sacos repletos de cuanto les plugo pillar, iban y venían.

Con los revolucionarios se habían colado amigos de la comunidad, personas de toda confianza que entraban por las celdas y otros aposentos rompiendo cartas, fotos y todo cuanto podía comprometer a las monjas exponiendo ellos sus vidas.

Era tal la pasión del robo que hasta los pececillos del surtidor del claustro se llevaron. Entraron en el huerto y cogiendo las gallinas, palomos, etc., lo metían en sacos cargándose el botín para llevárselo a sus casas.

Terminado el saqueo, empezó la devastación de todo cuanto había dentro del inmueble. La gran biblioteca proveída de antiquísimos libros: una multitud de cuadros de valor por su antigüedad; altares e imágenes, esparcidos por toda la casa con sus respectivos muebles, todo fue destrozado y echado al fuego. El humo empezaba a salir por todas las ventanas del edificio. Lo que más nos estremeció fueron unos ruidos muy fuertes provenientes de la iglesia de cuando echaban del coro y de las tribunas abajo el Altar y el Cristo tan amado de las monjas. ¡Oh, vida nuestra! Otra vez condenado a muerte por tus criaturas. La Madre Josefina se emocionó muchísimo, y con los brazos abiertos exclamó: "¡Sagrado Corazón de Jesús, salvad a España! ¡San Jaime, Patrono de España ven a ayudarnos!" ¡Virgen Santísima del Rosario, no nos desampares!"

Luego valiente como siempre, sobreponiéndose, contemplaba el desolador espectáculo de destrucción.

Lo mismo el armónium que la Madre Josefina con tanto fervor pulsaba dando culto a Dios. Al caer parecía que el edificio se venía abajo.

Todo era amontonado dentro de la iglesia donde las llamas lo reducían a polvo. El fuego llegaba hasta el techo de manera que los ventanales crujían rompiéndose dejando paso al humo y las llamas.

Nosotras desde nuestro refugio contemplábamos aquel impresionante espectáculo. Alguna lloraba y la Madre Josefina consolando a todas nos decía: "no temáis ni os preocupéis que si nos destruyen éste haremos otro." La pobre Madre, que en su corazón sentiría más que ninguna la catástrofe, olvidándose de sí misma y de su angustia, procuraba animarnos. Caridad perisificada, caridad sin límites, caridad heroica la de esta santa

Para la pobre Madre este paso era el comienzo de su Calvario.

Pasados dos días iban a tener un registro que la perspicacia del señor Jacinto, padre del capellán, supo frustrar haciendo cerrar puertas y ventanas y apagar las luces. Su vigilancia había burlado el asalto de los milicianos: efectivamente, pasados unos minutos una patrulla armada pasaba por delante de la puerta y creyendo que no había nadie pasaron de largo escaleras arriba propinando un sustazo tremendo a aquella familia vecina.

Viendo que se habían equivocado, marcharon.

Su primer intento de hallar a las monjas había fracasado.

El martes 28, a los ocho días del incendio del convento se presentaron de nuevo los perseguidores.

Aquel día iban seguros y bien orientados.

¿Delación? Es lo más probable.

Hacia poco que la M. Josefina había ido a un piso vecino por un recado ignorando lo que pasaba en el suyo.

El señor Jacinto, hombre de gran serenidad, representando ser el amo de la casa al preguntarle por el personal allí reunido contestó: aquí está mi esposa, la sirvienta, una cuñada y estas señoras que acaban de llegar del pueblo para acompañar esta enferma al médico, como vosotros podéis evidenciar.

Parece que quedaron convencidos y ya iban a retirarse cuando tocan el timbre de la puerta. Los milicianos abrieron dando paso a la visitante. Era la M. Josefina.

Al verla, encarándose los intrusos con el señor Jacinto le dijeron: ésta sí que es religiosa, y usted se la cargará. Mirando a la Madre con una irónica risita de perdonavidas, le dijeron: volveremos dentro de poco.

La Madre, de momento quedó consternada; se sentó, puso los codos sobre la mesa y la cara entre las manos. Quedó pensativa y muy preocupada: no era para menos.

Sor Natividad le cogió las manos, las tenía heladas y la cara blanca como la cera y le dijo: Madre, no sufra que no pasará nada.

Alguien de fuera les avisó que se marcharan en seguida. Urgía decidirse porque la vuelta de estos indeseables visitantes solía hacerse a corto plazo.

Pero, ¿dónde colocar tanta gente?

La cena estaba preparada. Y allí se quedó. Nadie estaba para cenar.

Era de noche. Si esto favorecía la huida, en cambio dificultaba encontrar hospedaje. Gracias a la Providencia divina que nunca falla con los que confían y se abandonan en sus manos, todo quedó arreglado en poco rato.

La M. Priora fue acogida en una panadería en la calle de Aribau. Dos monjas en la calle Balmes. Los padres del Capellán, con sus familiares. Y la M. Josefina, con la enferma a cuestas, como quien dice, marchó a casa de unos conocidos en la calle Provenza.

Todas fueron bien acogidas en sus respectivos refugios pero al poco tiempo el pánico se apoderaba de aquellas buenas gentes por el compromiso que les ocasionaba tener monjas en sus casas, y la prudencia obligaba a cambiar de escondite.

De estos frecuentes cambios soy testigo yo misma. La gente tenía miedo y el favor más grande que les podías hacer era marchar cuanto antes.

Es también verdad que había personas de fe, de corazón noble y de profundos sentimientos de solidaridad humana y más aún cristiana, que generosos prestaban sus domicilios a los prófugos y desamparados por la causa de Cristo sin temor a las amenazas que esto les acarrearba. Se necesitaba valentía y están dispuestos a morir a toda hora. ¡Cuántos actos heroicos de esta clase quedaron registrados en el libro de la vida eterna!

Como que la M. Priora era de bastante edad y los conflictos que se presentaban eran cada vez más graves fue por lo que la M. Josefina con aquel extraordinario espíritu de sacrificio suyo, persuadió a su hermana la M. Priora, que se marchara a su pueblo en San Pol de Mar, y ella se quedaría en Barcelona para ayudar a las monjas desamparadas.

La M. Priora con mucha pena accedió a la propuesta. Le hubiera gustado llevársela con ella al pueblo. La conocía bien, y tal vez temiera sus "osadías" pero tenía que dejar alguien al frente de la comunidad y la más apropiada era la M. Josefina.

De este modo asumió la M. Josefina esta responsabilidad. Prefería quedarse en Barcelona porque la bondad de su corazón que no tenía límites; y la rectitud de su conciencia no le permitía ponerse a salvo y dejar a la ventura a las monjas jóvenes que no habían podido restituirse a sus casas. Yo misma, la que escribo esta historia, era una de éstas. Además había algunas ancianitas sin familia que necesitaban ser atendidas. Y sobre

todo por no abandonar a Sor Presentación la enfermita mental que del modo que estaba precisaba un cuidado especial. Lo que sufrió con esta enferma sólo Dios lo sabe. La comprometía continuamente con sus gritos y palabras incoherentes. La buena Madre Josefina con su habitual dulzura y paciencia siempre heroica, la apaciguaba; hasta que después de muchas gestiones fue internada por medio del Dr. Moragues, primo de Sor Carmen Badía, en un Instituto psiquiátrico instalado entonces en un edificio que había sido Colegio de Jesús y María en San Gervasio (Barcelona), incautado por los comunistas. Posteriormente fue trasladada al manicomio de San Baudilio, donde murió el día 9 de abril de 1938.

“Grandes y continuos fueron los sufrimientos que la Sierva de Dios tuvo que soportar durante las varias semanas de su exclaustación...”. Así lo declararon y dejaron escrito varios testigos.

Tal vez haya quien piense y diga: ¿Por qué no marchaba a su pueblo si tan expuesta tenía la vida?

Este razonar es muy lógico, muy humano y hasta de un gran sentido común.

Pero los que así razonan es que no han comprendido el espíritu de la Madre ni cuanto llevo escrito de esta alma.

Lo ha dicho Jesús: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por los amigos”. Jn. 15, 13. Y estas sentencias no admiten paliativos a la hora de la realidad.

Dar la vida por los amigos o hermanos, rebasa toda lógica humana y todo razonar natural. Esta actitud entra de lleno en la dimensión de lo sobrenatural.

Amar es darse, es gastarse. No hay amor sin don. Y la M. Josefina no hizo otra cosa que imitar a Cristo el Buen Pastor que da su vida por las ovejas. Jn. 10, 11-12.

Alguien podrá objetar, pero no siendo ella ya la Priora ninguna obligación tenía de cargarse con el fardo, también tenía derecho a vivir.

Aquí y en esto se fundamenta la heroicidad de esta santa mujer que sin obligación jurídica, voluntariamente se ofrece y presta a servir a sus hermanos en una situación extrema que ponía en peligro su vida.

Tenemos reciente en la Iglesia el caso de san Maximiliano Kolbe. ¿Qué obligación tenía para obrar del modo que obró?

Ninguna. Ofreció voluntariamente su vida para favorecer a un hermano, un hijo de Dios. ¿Con qué lógica humana se puede demostrar la comprensión de este hecho? Ante un acto concreto como éste se estrellan todos los cálculos y criterios del saber humano.

“La caridad de Cristo nos urge”. 2 Cor, 5, 14, decía san Pablo. Ante un hermano que sufre no vale una retirada cobarde. Y ésta fue la postura de nuestra querida Madre, quedarse en la brecha. Una cosa quiero dilucidar aquí.

No se hacía pasar por la Priora de Montesión como hemos oído decir algunas veces, erróneamente, lacerando hondamente nuestro corazón, que conocíamos la humildad, el espíritu de sacrificio y la inmensa caridad de la Madre. Ella estuvo siempre supeditada a los Superiores condicionada por la situación que atravesábamos. Por eso el que se le atribuya que se presentaba como la Priora, es rotundamente falso.

La Madre quedaba para protegernos y correr los mismos riesgos que nosotras, sucediera lo que sucediera, ella no nos dejaba solas. Eran aquellas circunstancias propicias para vivir el Evangelio puro. Lo había leído bien y comprendido mejor. Jesús lo había proclamado abiertamente, que considerará como hechos a El mismo los servicios que se hayan prestado al menor de sus hermanos.

Pobre Madre, ¡cuánto sufrió por sus hermanas! No tenía casa fija. Para todas encontraba lugar de refugio. En cuanto a ella, sucedió alguna vez que no tuvo donde reclinar la cabeza.

Esta mujer compromete, dijeron algunos. Que no venga por aquí esta señora, decían otros... y por cierto lo decían personas a quienes la Madre había hecho muchos favores.

Yo la perdí de vista algunos días, pero sé que las pasé amargas.

Por aquellas fechas fue cuando escribí a Sor Teresita y entre otras cosas le decía: “¡Cómo nos contemplarán los Bienaventurados del Cielo al vernos rodar por estos mundos pasando tantos apuros!”

La Madre deseaba salir de aquella purificación con un espíritu renovado, por eso le añadía: “Hemos de estar agradecidas al Señor... y cuando nos volvamos a reunir, Dios mediante, haremos como una nueva fundación radicada en pobreza nazaretana”.

Las promesas si no hay oportunidad de cumplirlas son palabras huecas. Así lo consideraba la Madre y nos infundía ánimos, optimismo y deseos de santidad. Yo estuve a su lado muchos cuarenta días y soy testigo de cuanto digo.

La Madre me dijo que yo era un niño y que yo debía ser un niño. Antes me permitía que me sentara en su regazo y me hablaba. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho.

No se hacía pasar por la Madre como se hacía pasar por la Madre. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho.

La Madre decía que yo era un niño y que yo debía ser un niño. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho.

Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho.

Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho.

Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho. Yo le decía que me gustaba mucho y que me gustaba mucho.

La Madre escogía siempre la peor parte. Poco le importaba carecer de lo necesario, confiaba en la Providencia y apoyada en esta, se seguía su ritmo heroico. Había logrado colocar a sus monjas, algunas de ellas, es verdad, en precaria situación que procuraba remediar favorablemente tan pronto como podía. La M. Josefina con dos monjas más, encontraron alojamiento en un pisito por la barriada llamada: Barrio Chino en los suburbios de Barcelona, de pésima ralea en todos conceptos, material, político y moral. Allí pudo descansar unos días. No obstante con sus salidas clandestinas continuaba preocupándose de cada una de sus monjas, principalmente de las más necesitadas visitándolas y pres-tándolas alguna ayuda económica mientras pudo. Sobre todo, con su sola presencia siempre tan amable y simpática, levantaba los ánimos y tranquilizaba a todos. Irradiaba la paz de Dios que abundaba en su alma. Yo desde que me separé de la Madre cambié varias veces de refugio. En aquellos días me encontraba en casa de una buena familia. Pero la gente tenía miedo, el terror ultrarrevolucionario reinante infundía pavor a todos y no era para menos. Sabido es de todos que los primeros meses de la guerra civil en Barcelona fueron de espantosa y desenfrenada violencia. Los atropellos que se cometían eran espeluznantes. Mis señoritas bienhectoras, viendo el peligro que corrían por mi causa, si me retenían por más tiempo, enviaron un recado a la M. Josefina que viniera a buscarme, yo lo ignoraba. A los seis días de estar allí, un día estaba mirando a la calle

Pruebas y treguas

La Madre escogía siempre la peor parte. Poco le importaba carecer de lo necesario, confiaba en la Providencia y apoyada en esta, se seguía su ritmo heroico. Había logrado colocar a sus monjas, algunas de ellas, es verdad, en precaria situación que procuraba remediar favorablemente tan pronto como podía. La M. Josefina con dos monjas más, encontraron alojamiento en un pisito por la barriada llamada: Barrio Chino en los suburbios de Barcelona, de pésima ralea en todos conceptos, material, político y moral. Allí pudo descansar unos días. No obstante con sus salidas clandestinas continuaba preocupándose de cada una de sus monjas, principalmente de las más necesitadas visitándolas y pres-tándolas alguna ayuda económica mientras pudo. Sobre todo, con su sola presencia siempre tan amable y simpática, levantaba los ánimos y tranquilizaba a todos. Irradiaba la paz de Dios que abundaba en su alma. Yo desde que me separé de la Madre cambié varias veces de refugio. En aquellos días me encontraba en casa de una buena familia. Pero la gente tenía miedo, el terror ultrarrevolucionario reinante infundía pavor a todos y no era para menos. Sabido es de todos que los primeros meses de la guerra civil en Barcelona fueron de espantosa y desenfrenada violencia. Los atropellos que se cometían eran espeluznantes. Mis señoritas bienhectoras, viendo el peligro que corrían por mi causa, si me retenían por más tiempo, enviaron un recado a la M. Josefina que viniera a buscarme, yo lo ignoraba. A los seis días de estar allí, un día estaba mirando a la calle

La Madre escogía siempre la peor parte. Poco le importaba carecer de lo necesario, confiaba en la Providencia y apoyada en esta, se seguía su ritmo heroico. Había logrado colocar a sus monjas, algunas de ellas, es verdad, en precaria situación que procuraba remediar favorablemente tan pronto como podía. La M. Josefina con dos monjas más, encontraron alojamiento en un pisito por la barriada llamada: Barrio Chino en los suburbios de Barcelona, de pésima ralea en todos conceptos, material, político y moral. Allí pudo descansar unos días. No obstante con sus salidas clandestinas continuaba preocupándose de cada una de sus monjas, principalmente de las más necesitadas visitándolas y pres-tándolas alguna ayuda económica mientras pudo. Sobre todo, con su sola presencia siempre tan amable y simpática, levantaba los ánimos y tranquilizaba a todos. Irradiaba la paz de Dios que abundaba en su alma. Yo desde que me separé de la Madre cambié varias veces de refugio. En aquellos días me encontraba en casa de una buena familia. Pero la gente tenía miedo, el terror ultrarrevolucionario reinante infundía pavor a todos y no era para menos. Sabido es de todos que los primeros meses de la guerra civil en Barcelona fueron de espantosa y desenfrenada violencia. Los atropellos que se cometían eran espeluznantes. Mis señoritas bienhectoras, viendo el peligro que corrían por mi causa, si me retenían por más tiempo, enviaron un recado a la M. Josefina que viniera a buscarme, yo lo ignoraba. A los seis días de estar allí, un día estaba mirando a la calle

La Madre escogía siempre la peor parte. Poco le importaba carecer de lo necesario, confiaba en la Providencia y apoyada en esta, se seguía su ritmo heroico. Había logrado colocar a sus monjas, algunas de ellas, es verdad, en precaria situación que procuraba remediar favorablemente tan pronto como podía. La M. Josefina con dos monjas más, encontraron alojamiento en un pisito por la barriada llamada: Barrio Chino en los suburbios de Barcelona, de pésima ralea en todos conceptos, material, político y moral. Allí pudo descansar unos días. No obstante con sus salidas clandestinas continuaba preocupándose de cada una de sus monjas, principalmente de las más necesitadas visitándolas y pres-tándolas alguna ayuda económica mientras pudo. Sobre todo, con su sola presencia siempre tan amable y simpática, levantaba los ánimos y tranquilizaba a todos. Irradiaba la paz de Dios que abundaba en su alma. Yo desde que me separé de la Madre cambié varias veces de refugio. En aquellos días me encontraba en casa de una buena familia. Pero la gente tenía miedo, el terror ultrarrevolucionario reinante infundía pavor a todos y no era para menos. Sabido es de todos que los primeros meses de la guerra civil en Barcelona fueron de espantosa y desenfrenada violencia. Los atropellos que se cometían eran espeluznantes. Mis señoritas bienhectoras, viendo el peligro que corrían por mi causa, si me retenían por más tiempo, enviaron un recado a la M. Josefina que viniera a buscarme, yo lo ignoraba. A los seis días de estar allí, un día estaba mirando a la calle

La Madre escogía siempre la peor parte. Poco le importaba carecer de lo necesario, confiaba en la Providencia y apoyada en esta, se seguía su ritmo heroico. Había logrado colocar a sus monjas, algunas de ellas, es verdad, en precaria situación que procuraba remediar favorablemente tan pronto como podía. La M. Josefina con dos monjas más, encontraron alojamiento en un pisito por la barriada llamada: Barrio Chino en los suburbios de Barcelona, de pésima ralea en todos conceptos, material, político y moral. Allí pudo descansar unos días. No obstante con sus salidas clandestinas continuaba preocupándose de cada una de sus monjas, principalmente de las más necesitadas visitándolas y pres-tándolas alguna ayuda económica mientras pudo. Sobre todo, con su sola presencia siempre tan amable y simpática, levantaba los ánimos y tranquilizaba a todos. Irradiaba la paz de Dios que abundaba en su alma. Yo desde que me separé de la Madre cambié varias veces de refugio. En aquellos días me encontraba en casa de una buena familia. Pero la gente tenía miedo, el terror ultrarrevolucionario reinante infundía pavor a todos y no era para menos. Sabido es de todos que los primeros meses de la guerra civil en Barcelona fueron de espantosa y desenfrenada violencia. Los atropellos que se cometían eran espeluznantes. Mis señoritas bienhectoras, viendo el peligro que corrían por mi causa, si me retenían por más tiempo, enviaron un recado a la M. Josefina que viniera a buscarme, yo lo ignoraba. A los seis días de estar allí, un día estaba mirando a la calle

La Madre escogía siempre la peor parte. Poco le importaba carecer de lo necesario, confiaba en la Providencia y apoyada en esta, se seguía su ritmo heroico. Había logrado colocar a sus monjas, algunas de ellas, es verdad, en precaria situación que procuraba remediar favorablemente tan pronto como podía. La M. Josefina con dos monjas más, encontraron alojamiento en un pisito por la barriada llamada: Barrio Chino en los suburbios de Barcelona, de pésima ralea en todos conceptos, material, político y moral. Allí pudo descansar unos días. No obstante con sus salidas clandestinas continuaba preocupándose de cada una de sus monjas, principalmente de las más necesitadas visitándolas y pres-tándolas alguna ayuda económica mientras pudo. Sobre todo, con su sola presencia siempre tan amable y simpática, levantaba los ánimos y tranquilizaba a todos. Irradiaba la paz de Dios que abundaba en su alma. Yo desde que me separé de la Madre cambié varias veces de refugio. En aquellos días me encontraba en casa de una buena familia. Pero la gente tenía miedo, el terror ultrarrevolucionario reinante infundía pavor a todos y no era para menos. Sabido es de todos que los primeros meses de la guerra civil en Barcelona fueron de espantosa y desenfrenada violencia. Los atropellos que se cometían eran espeluznantes. Mis señoritas bienhectoras, viendo el peligro que corrían por mi causa, si me retenían por más tiempo, enviaron un recado a la M. Josefina que viniera a buscarme, yo lo ignoraba. A los seis días de estar allí, un día estaba mirando a la calle

desde una salita y vi a lo lejos a la M. Josefina que iba acercándose adonde yo estaba. De momento me parecía imposible; al cerciorarme de que efectivamente era la Madre, no pude contener la alegría y fui corriendo a la cocina donde se hallaban las dueñas de la casa exclamando: ¡Viene la M. Josefina! Al oírme me dijeron: Hable usted bajito que si la oyen los vecinos nos "compromete".

Este jarro de agua fría no sofocó un ápice la alegría de mi corazón.

Ellas disimulaban, pero se alegraron mucho de esta noticia. Era lo que deseaban.

Y no era de extrañar. Una monja en cualquier casa era un peligro.

Nadie vivía tranquilo ni seguro, todo el mundo estaba expuesto a los famosos registros y no dejaba de ser esto una pesadilla tanto más grave cuando se trataba de tener alguien escondido en casa. Este favor muchas veces costaba la vida al que practicaba la misericordia.

Al fin llegó la Madre.

¡Qué abrazo nos dimos a nuestro reencuentro! Eran aquellas alegrías emotivas de verdad. Habían pasado unos doce días de nuestra separación y parecía un siglo. Es que los días angustiosos se hacen mucho más largos que los normales.

Repuesta de la grata impresión, me dijo la Madre que venía a buscarme. Con esta noticia, inesperada, se ensanchó mi corazón cohibido al verme alejada de mis monjas, parecíame que me sacaba de una prisión y recobraba la libertad.

La Madre de pie, porque ni le ofrecieron sentarse, nos contaba que se hospedaba en una pobrísima vivienda; que para guisar echaban una moneda y tenían gas para un rato. A la Madre este detalle le hacía gracia. Aquello sí que era pobreza, como la Familia de Nazaret que tanto le gustaba evocar la Madre, y se la veía gozar experimentando a lo vivo la más abyecta escasez, casi diría, miseria, por Cristo. La Madre no sabía fingir, y en aquellas circunstancias se sentía más feliz que cualquier acaudalado en una señorial mansión con todas sus comodidades, o que un consumidor de nuestros tiempos en un hotel de cinco estrellas. Una vez más aquello de que no es más feliz el que más posee sino el que menos necesita.

Nos despedimos de mis bienhechoras agradeciéndoles su be-

névola hospitalidad, porque a pesar del miedo que tenían por mi causa, lo disimulaban y se portaron muy bien conmigo. Eran muy piadosas y lamentaban nuestra situación. Nos compadecían de verdad. Su proceder era efecto de un fenómeno psicológico común a todos los conciudadanos que ante los desmanes y abusos que se cometían, prevalecía en ellos el miedo a la buena voluntad, que la tenían, de socorrer a los necesitados.

Y otra vez a correr mundo y a probar suerte.

Yo iba contentísima con la Madre que tanto nos comprendía y quería, y pruebas daba de ello exponiendo su vida y sacrificándolo todo por nosotras.

Por fin, después de mucho andar a pie y en tranvía llegamos al nuevo escondrijito.

No me hizo mucha gracia todo aquello.

¡Qué ambiente callejero aquél, Dios mío!

Nos paramos ante un portal descantillado, oscuro y nos metimos dentro.

Subimos unos peldaños y al fondo de un largo y estrecho corredor los acordes de una radio a toda marcha evidenciaba la ideología de sus moradores.

¡Qué mala impresión! ¡Y la Madre tan contenta!

A mano izquierda, palpando dimos con una puerta que a una señal convenida de la Madre, se abrió.

Nos esperaban con ansia las dos monjas allí cobijadas que al vernos llegar sanas y salvas se alegraron mucho.

Nos abrazamos efusivamente contándonos recíprocamente las peripecias de los días pasados.

El pisito se componía de unos metros de corredor estrecho con dos habitaciones a un lado y cocina comedor junto al otro y lavabo.

Por una ventana abierta en el pasillo entraba un poco de luz que alumbraba toda la estancia. Con la persiana baja, para que nadie nos viera, podíamos acercarnos para respirar un poco de tufo callejero.

La dueña del piso, venía únicamente para dormir y muy de mañana se levantaba para ir a trabajar. Ocupaba una habitación. Lo restante estaba a nuestra disposición, quedábamos solas. Los vecinos sabían que durante el día nadie habitaba la casa. Por eso, una sola, y muy disimuladamente, salía para alguna compra.

Al llegar nosotras, estaba la comida preparada. Comimos un

buen trozo de pan blanco, que aún abundaba en aquellos días con alguna vitualla más que había preparado Sor Carmen. Carretero, nuestra cocinera.

Desde que salimos del convento no había comido tan a gusto como aquel día memorable. Es una gran verdad que la pobreza aceptada por Cristo es una fuente de felicidad.

Las cuatro reunidas formábamos comunidad con sabor a vida conventual. Pasamos el resto del día rezando y hablando del venturoso futuro que tanto esperábamos y creíamos cercano.

Estábamos tranquilas y confiadas que allí nadie nos atraparía. Llegó la noche, teníamos ganas de descansar, principalmente la Madre que había pasado tantas horas fuera de casa caminando mucho con el fardo de sus preocupaciones siempre encima.

Disponíamos de una cama grande con su colchón. La cosa era muy fácil de arreglar y más, siendo en verano. Dos descansarían en la cama y las otras dos sobre el colchón en el suelo en la cocina porque no había otro espacio disponible, tan reducido era todo aquello.

Dicho y hecho, rezamos y nos tumbamos.

Pasaría una hora poco más o menos, cuando la Madre y yo que estábamos en la cocina oímos gente que hablaba muy cerca de nosotras. Nos levantamos al instante y nos acercamos al portaitalo para ver lo que pasaba y divisamos una lucecita que se movía en la habitación de las monjas. Entramos y las dos andaban atareadas matando unos bichitos que no las dejaban dormir con sus picaduras.

El caso fue que al levantar el colchón, que seguramente había tiempo no se había movido, salieron de sus plácidos nidos una plaga de chinches que agredieron a los importunos visitantes que les molestaban. No hacían más que defenderse los pobres animalitos.

Fue algo cómico. Les ayudamos y al poco rato quedó exterminado todo. Lo peor era que la habitación no tenía ni ventana ni ventilación.

La M. Josefina nos imponía silencio para que la señora que dormía al lado no se enterara de nada. Es muy probable que nos oyera pero tuvo la prudencia de no levantarse. ¿Lo sabría? Terminada esta faena nos fuimos de nuevo a descansar. Al entrar en la cocina, la Madre y yo vimos unas cosas

negras que corrían por el suelo. Aquello era divertido. Escarabajos que iban y venían por todos lados espantados al verse sorprendidos. No me acuerdo si matamos algunos porque se escondían rápidamente y corrían más que nosotras.

Y de como pasamos la noche si velando o durmiendo tampoco lo recuerdo bien. Creo que nos costó bastante conciliar el sueño.

¡Aquello ya pasaba de pobreza nazaretana! Lo cierto es que la Madre Josefina por la mañana antes de marcharse la dueña de la casa la saludó muy amablemente y le manifestó nuestra decisión de marcharnos. No era prudente prolongar más nuestra estancia allí. Los vecinos podían entrar en sospechas y comprometimos su persona y su casa. Mejor que nos retirásemos a tiempo antes que esto ocurriera. La Madre decía lo que sentía y preveía. Era la verdad.

La señora no insistió para que nos quedásemos; algo de miedo tendría y con sobrada razón. Le dimos las gracias y nos despedimos.

¿Había sido aquello un aviso del cielo para sacarnos de allí? Muchas veces lo he pensado. Ntro. Señor se sirve de todo para salvaguardar a los suyos. Hasta de los pequeños insectos.

Y de nuevo en la calle sin rumbo fijo. ¿Dónde iremos? Confiábamos que la Providencia divina guiaría nuestros pasos. Era la primera semana de agosto, Barcelona estaba en la efervescencia del crimen, del desorden, del terror; milicianos y milicianas andaban triunfantes exhibiendo sus escopetas y los signos de la F.A.I. Los bares invadidos de esta gente contentos como unos héroes ganadores del mundo, escanciando los mejores vinos...

Y las pobres de Yahvé, con el paquetito de todo nuestro haber bajo el brazo errantes y caminantes abriéndonos paso en medio de ellos; claro está, disimulando nuestra identidad religiosa con el disfraz secular.

No sería extraño que nuestra presencia por aquellas calles llamara la atención a más de uno. Otro día en semejante ocasión, la que me acompañaba me dijo: cambia de vestido porque los milicianos te miran mucho. Prueba de que nuestra seguridad personal no estaba salvada. Eso sí, teníamos la seguridad del alma que era lo principal, y me acuerdo, que andábamos contentas y hasta bromeando sobre lo ocurrido en la noche anterior.

Aquí viene a maravilla aquel hermoso himno de la confianza de San Pablo: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿Los peligros? ¿La espada? (¿Las escopetas?)... Nada ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro". Rm. 8, 35, 39. Palabras de gran esperanza cristiana.

Tal vez la cita bíblica no acudió con tanta claridad y orden en nuestra mente en aquellos momentos. Pero nuestros sentimientos y nuestra postura eran una afirmación de que vivíamos plenamente lo que tan hermosamente proclama San Pablo.

"Mas en todas estas cosas vencemos por Aquel que nos amó". V. 37.

La pequeña comunidad ambulante iba segura de que al cerrarse una puerta se abre otra.

Pasamos por el mercado de S. Antonio y nos paramos a comprar alguna cosa. Luego nos despedimos. Dos marcharon a casa Servitge; y la M. Josefina y yo nos dirigimos hacia la barriada de Gracia a casa de una connovicia que nos había encarecido fuéramos con ella.

He leído con pena, en un libro, que las religiosas, aquellos días de Revolución, andaban alocaadas por las calles de Barcelona buscando donde refugiarse. No creo que sea exacto esto de alocaadas, al menos no nos encontramos en ningún caso de éstos.

Las religiosas sufrían la persecución con angustia en el alma, como es de suponer, pero lo llevaban religiosamente, con la dignidad propia de almas consagradas que tienen la confianza puesta en Dios. Y en caso de que se les exigiera el sacrificio de la vida, lo aceptaron con plena conformidad a la voluntad divina por amor, como sucedió a las que Ntro. Señor había elegido y concedió la gracia del martirio.

Entre gente de paz

En la barriada de Gracia, más tranquila, en una calle quieta y en un tercer piso muy soleado y alegre nos alojamos entre gente de paz.

Debíamos estar a primeros de agosto. El día no lo sé por que en aquel ambiente tan desconcertante habíamos perdido la noción periódica del tiempo.

¡Cuánto llevábamos trotando por estos mundos que son de Dios, pero que en aquellos tiempos había dejado a merced del diablo y sus secuaces!

En el nuevo alojamiento vivía un joven matrimonio sin hijos, con la madre de Vicente, así se llamaba el joven amo de la casa y de Sor Joaquina su hermana, mi connovicia.

Tenían refugiada una tía Religiosa de alto cargo en su respectivo Instituto con una postulante gallega que tenía casi siempre arrodillada a sus pies. La M. Josefina, yo misma y dos sobrinas que llegaron a engrosar el número. En total, diez personas en un piso relativamente pequeño para tanta aglomeración humana.

Con todo, así apretujadas pasamos unos días tranquilos. La M. Josefina hacía sus salidas todo lo disimuladamente posible para visitar a nuestras monjas refugiadas en distintas casas.

Sor M.^a Joaquina y yo le hicimos un vestido de crespón azul marino estampado, muy serio, pues iba hecha una pordiosera. Vestido que sólo usó una o dos veces. A la Madre no le gustaba lucir, prefería aparentar lo que verdaderamente éramos en aquellas circunstancias; unas pobres de solemnidad.

Nuestra estancia y tranquilidad en cualquier sitio era buena relativamente.

Pronto llegaron nuevos contratiempos.

Pasados unos días, unos buenos amigos de Vicente, nuestro protector, le avisaron de que por aquellos contornos se notaba un movimiento extraño de vigilancia. Si tenía monjas en casa que salieran lo menos posible y cambiasen de lugar. Se había visto una mujer algo sospechosa y le seguían la pista. Nos persegúan; principalmente a la Madre como presunta Priora de Montesión; el caso era serio y nuestra situación se hallaba bien comprometida. En aquel piso había cinco Religiosas. ¡Vaya broma si nos pescan! Y por añadidura, en casa de un católico y derechista extremo, que esto solo equivalía a dos sentencias de muerte.

Figúrense el pánico de aquella familia. Pero fueron heroicos, disimularon la gravedad del caso. Solamente nos dijeron que saliéramos lo menos posible por el peligro que corríamos todos juntos. Pasaban los días, la situación política y social era desalentadora y se agravaba en lugar de llegar la paz tan deseada, por lo que daba a entender que la guerra se prolongaría. Vio la Madre que se imponía tomar medidas oportunas para regularizar de modo más conveniente la situación de las monjas dispersas entre los buenos amigos. Procuró alquilar un piso lo más lejoso posible para reunir las con ella allí, en espera de tiempos mejores.

Encargó el asunto a Jaime Búsquets nuestro fiel sacristán y portero del que ya hemos hablado alguna que otra vez, que se cuidó de activar tal cometido. Pronto encontró en la C/ Albigesos, 1, en la barriada de la "Mare de Deu del Coll", casi a las afueras de Barcelona. Muy cerca de San José de la Montaña. Estupendo! Al menos allí estaríamos seguras, lejos de nuestros encarnizados perseguidores. Y sobre todo, porque de algún modo podríamos hacer vida comunitaria con nuestra querida M. Josefina.

Yo misma acompañé a la Madre a una tienda de muebles para comprar una mesa y seis sillas. Del traslado de algunos muebles, colchones y utensilios que habíamos sacado del convento antes de quemarlo, se cuidó Jaime.

Fue por aquellas fechas que tuvimos la ocasión, y añadiría, la venturosa suerte, de conocer personalmente al Dr. Tarrés;

médico que asistía a la madre de Sor M.^a Joaquina que estaba enferma.

Otra alma privilegiada que Dios interpuso en nuestro camino. Un hombre todo de Dios, su sola presencia revelaba lo que llevaba dentro; paz, vida sobrenatural intensa y de encantadora simpatía. Gustaba de visitar a la gente humilde y pobre a quien socorría con donativos que disimuladamente dejaba debajo de la almohada del paciente. Más tarde fue sacerdote ejemplar. Su causa de beatificación está incoada. Ahora lo recordamos con reverencia y admiración santa.

La Madre que de natural y de siempre había sido alegre, humorística, incluso en aquellos días de tribulación para todos sabía mantenerse jovial y con un gran espíritu esperanzador, entraba ahora en un período de interiorización y silencio que ella procuraba disimular cuanto podía. Pero no pasaba desapercibido a mi espíritu observador.

La habíamos visto aguantar contrariedades una tras otra o muchas a la vez. Ya lo hemos visto: persecución, amenazas de muerte, inseguridad personal, continuos sobresaltos, cambios de refugio, fatigas, preocupaciones, pobreza suma, falta de todo, con gran fortaleza de ánimo, siempre risueña y optimista, infundiendo a las que la trataban su valentía y hasta su heroísmo. Ahora, seguía siendo la misma, sí, pero algo iba obrándose en su interior.

Sentía gran nostalgia de su amado convento, fuera de él se encontraba como un pez fuera de su elemento. Añoraba la vida monástica, el silencio del claustro, el trabajo callado, las horas quietas de plegaria. La alabanza divina que con tanto celo y fervor dirigía...

Alguna vez me decía: "¡Valdría más que nos matasen que tener que andar por estas calles...". Le daba angustia tener que pisarlas. Yo no compartía su sentir ni estaba de acuerdo con aquel absoluto desprendimiento de la tierra. Tenía ganas de vivir. La verdad era que yo no estaba madura para el cielo y no me atraía como a la Madre.

Puedo atestiguar, que la Madre Josefina sufría mucho moral y espiritualmente, y si le aquejaba algún mal físico nunca lo manifestaba. Y podría ser que se juntara todo a la vez.

Yo era entonces muy joven para considerar estas cosas desde un punto de vista sobrenatural. Comprendía que la Madre

era un alma de mucha vida interior y que me llevaba muchos kilómetros por delante en las vías de la santidad. Ha sido con los años, después de mucha lectura espiritual y reflexión que comprendí que la Madre en aquella hora estaría en plena noche oscura del alma, o sea, en un tremendo período de purificación interior donde el Espíritu Santo iba dándole los últimos retoques de configuración con el alma de Jesús, preparándola para la terrible crucifixión cruenta con El.

¿Presentaría la Madre que su fin estaba próximo?

Ya lo hemos dicho varias veces, la Madre deseaba el martirio y mejor oportunidad que ésta, de seguro, jamás se volvería a presentar. La habíamos oído decir: "¿Qué puede temerse? ¿El martirio? Dichosa la que Dios destine a conseguir esta gracia por la confesión de la fe..." "Confío en la fuerza de Dios, que no nos faltará si llega el momento..."

¿Vería llegar este momento de alcanzar su anhelado deseo y como Jesús antes de su Pasión exclamaría: "Padre si es posible pase de mí este caliz". No lo sabemos. Lo que sí podemos asegurar, que el martirio de la Madre estuvo todo él matizado con rasgos de semejanza con la Pasión de Jesús, y no sería extraño que Dios Padre le ofreciera también su cáliz, que la Madre bebió yapuró hasta la última gota con todo el valor de su alma.

Conocemos por analogías el actuar divino. Dios a sus grandes amigos los aprieta y vela el éxito de sus empresas, muriendo envueltos en pruebas y angustias en el cuerpo y en el alma, sin verlos realizados en vida. Jesús mismo aparentemente fue el más fracasado de los hombres antes de su gloriosa Resurrección. Por lo mismo, todos los que quieren imitar a Cristo tendrán que compartir su Pasión en el alma y en el cuerpo a medida del carisma recibido del Espíritu.

La Cruz suele ser la prenda más apreciada de los auténticos seguidores de Cristo y por ella entraremos todos a participar de su eterna Resurrección.

Ya hemos dicho que la estancia nuestra en casa de Sor M.^a Joaquina se hacía de cada día más comprometida.

Nos vigilaban y esto era una pesadilla para todos.

Por añadidura había otro problema no menos serio que afectaba a todos juntos de carácter económico y urgía resolverlo cuanto antes.

Nos reuníamos a comer diez personas contando con un solo jornal y módico, el de Vicente.

Se habían agotado todos los pequeños ahorros de ambas partes y no quedaba otra resolución que pagar o marchar si no queríamos morir de hambre.

Ante el angustioso dilema optamos por marchar. En aquella precaria situación no se podía continuar, acarrearíamos un grave conflicto a aquella buena familia que tanto nos había favorecido. Tampoco nosotras disponíamos en aquella circunstancia de medios para sufragar la pensión.

Sor M.^a Joaquina se oponía enérgicamente a nuestra marcha pero el buen sentido común aconsejaba lo contrario; no se puede abusar de la generosidad de los buenos.

Al atardecer de un día a últimos de agosto la Madre Josefina cogió su pequeño lío de ropa y emprendió el camino. No quiso que yo ni nadie la acompañase para no llamar la atención del vecindario ni de la vigilancia que circundaba aquellas calles. Quedamos que yo iría después.

Marchó sola. Era éste su proceder, su estilo de siempre. El riesgo, el peligro, las dificultades, lo peor, tenía que afrontarlo ella primero, procurando que nadie se enterara de los trabajos arrojados ocultamente.

Nos despedimos de la Madre hasta pronto.

Aquel abrazo fue el último. Ya no la vería más.

Tampoco quiso cambiar de vestido. Prefería aquella sencilla indumentaria que sin saberlo le serviría de mortaja.

A este propósito contaré lo que me pasó un día de aquéllos.

La Madre estaba cansada y después de comer se echó sobre la cama vestida como solía hacer en aquel tiempo de sobresaltos. Yo entré, estaba durmiendo con los brazos tendidos a lo largo del cuerpo. De momento me vino el pensamiento, pobre Madre, así quedará su cuerpo cuando la hayan muerto: y fue exacto como contaré después.

Nunca se me ha borrado de la memoria. A la Madre le quedaban tres o cuatro días de vida. Y lo que menos pensábamos que tuviera una muerte trágica.

Salí al balcón temerosa de que le sucediese algo desagradable. ¿Dónde iría? ¿La cogerán los milicianos? Y la seguí con mis ojos y el corazón lleno de angustia recelando por su suerte.

¡Y pensar que con un billete de tren hacia San Pol de Mar

la Madre se hubiera puesto a salvo!
Podía muy bien hacerlo, pero no quiso. Supo mantenerse a la altura del Evangelio, fiel a su más radical exigencia de dar la vida por los hermanos.

Jesús con media vuelta podía dejar plantados a toda aquella caterva de perseguidores y no lo hizo.

Buena lección para sus seguidores. "Amaos... como yo os he amado". Jn. 13, 34. Y Jesús se dejó matar por todos...
Tampoco la Madre Josefina iba a comprar un billete de huida para salvar su vida y dejarnos plantadas. No, no, su corazón latía al compás del de Cristo y se dejó matar antes que abandonarnos.

Cuando la Madre salió de casa era bastante tarde, sabemos que fue a una casa a pedir hospitalidad para aquella noche y fue rechazada, ni la dejaron subir la escalera.

Que no suba esta mujer que nos compromete! Decía el señor de la casa desde arriba.

¿Dónde pasó la noche? Es cosa que no hemos sabido nunca. Lo más probable que en la calle sentada en un banco o en algún portal expuesta a mil atropellos. Creo que al preguntárselo contestó con una evasiva.

A la mañana siguiente estaba en casa Servitge donde estaban Sor M.^a Irene y Sor Carmen Carretero.

Lo primero que hizo fue ultimar el asunto del piso alquilado. Les faltaba ir a recoger algo de ropa que dejaron en su primer refugio de la Rambla, 119 cuando huyeron precipitadamente después del registro el día 28 de julio. Quedaron que irían el día 31.

La prueba y el dolor como testimonio

La fuerza en el sufrir brota del amor.

No creo sea inútil dedicar unas líneas a este tema siempre actual del dolor antes de empezar la vía dolorosa de la M. Josefina.

Resultaría muy cruda la presentación de estas dramáticas escenas sin ningún preámbulo orientador sobre el valor cristiano del dolor. "Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad..." Por la Cruz a la luz de la Gloria.

Los últimos días de la Madre Josefina fueron una constante experiencia dolorosa de la vida cristiana anclada en la Cruz de Cristo. Ella bebió el cáliz del dolor hasta la última gota.

Hemos oído contar muchas veces a Sor Carmen Carretero que la noche del 30 al 31 de agosto (1936) la última que pasó en la tierra antes del martirio la M. Josefina no durmió en toda la noche.

Las dos compartían una misma habitación con dos camas y Sor Carmen oía que la Madre decía:

"¡Oh, Señor! No puedo más, llévame contigo. ¡Que me maten Señor! ¡Dios mío no puedo más! Este mundo no es para mí...", y toda la noche pronunciando palabras y frases de esta índole, suspirando por el cielo.

¡Cuánto sufriría la Madre, ella que nunca se quejaba! Por estas palabras proferidas en íntimo diálogo con Dios, se puede colegir cuanto dicho anteriormente de que la Madre no nadaba en un mar de delicias, sino todo lo contrario. Exteriormente abrumada con el peso de la responsabilidad asumida y sus consiguientes desvelos por sus monjas; y en su interior el

proceso purificador obra del Espíritu Santo estaba haciendo el vacío total en esta alma para llenarlo de su plenitud.

La palabra dolor, sufrimiento, es desconcertante para muchos. Es una de las manifestaciones más oscuras y misteriosas que afecta a todo mortal; tanto más difícil cuando irrumpe y se ceba en el inocente.

Hemos oído decir alguna vez que Dios no es bueno porque hace sufrir; no tiene corazón de padre, porque un padre, no hace padecer a sus hijos aunque sean malos. ¿Qué culpa tienen estos pobrecitos..., etc., para sufrir de esta manera?

¡Cuánta cortedad e ignorancia encierran estas expresiones! ¿Quiénes somos nosotros para impugnar a Dios de esta forma?

Dios es bueno, infinitamente bueno. Dios tiene corazón. ¡Y si lo tiene! Tan grande como El. Tanto tiene de Corazón como tiene de Dios. Porque Dios es Caridad, Dios es amor. I Jn. 4, 8.

Lo cierto es que el misterio del dolor, en sí, no es tema que pueda comprender la técnica por muy avanzada que esté hoy, ni la de ayer; ni la medicina, ni la filosofía; ni la psicología, ni ninguna ciencia humana. Solamente la fe cristiana nos puede dar una explicación iluminadora del dolor a través de la Biblia y de la Teología de la Iglesia.

La radicalidad del ir en pos de Cristo exige, pues, generosidad, valentía, colaboración en todo cuanto de arduo nos depare el Señor. Esto se consigue con la fuerza del Espíritu, que nunca falta a los que viven su fe en la esperanza y el amor; que son móviles sobrenaturales de nuestra filiación divina que hemos recibido de El para obrar como cristianos.

S. Pablo dice a los Filipenses: "Porque os ha sido otorgado no sólo creer en Cristo, sino también padecer por El..." C. I, 29. El padecer en conformidad con Dios es un don y una prueba de que se está unido a El. Por consiguiente es prenda de salud, de santidad, de salvación.

Se dice y creemos que es verdad, que Dios colma los deseos de las almas, cuando éstos son sinceros y van dirigidos a conseguir un bien mejor. Nuestro Señor a estas almas generosas les da oportunidad de realizarlos aunque sea a costa de posturas duras, incluso cruentas.

El sufrimiento en lenguaje cristiano es sin duda un punto de arranque para altos vuelos y competiciones heroicas para conseguir la final con éxito.

Los sufrimientos son medios por los que el cristiano va realizando su misma perfección. Dolor y amor son los mejores "medios de comunicación" con Dios.

"Un hombre que teme la muerte, dice el P. Lacordaire, nunca hará nada grande".

"Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere..." qué poco fruto va a dar. Lo dice Jesús. Jn. 12, 24.

Así como Cristo llega a plenitud por el dolor. Hb 2, 11. Del mismo modo alcanzaremos nosotros la nuestra, porque "si con El morimos, viviremos con El. Si sufrimos con El, también reinaremos con El..." 2 Tim. 2, 11-12.

La tónica de las almas santas es el dolor tomado en concepto de dolor redentor. Por eso cada cristiano ha de estar dispuesto a completar en sus miembros lo que falta a los padecimientos de Cristo. Col. 1, 24. Sea cual fuera la interpretación dada por los teólogos al texto citado, el dolor, el sufrimiento es el tema preconizado aquí. "Porque a los que de antemano conoció a éstos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo..." Rm. 8, 29. Y todos conocemos cuál es la imagen de Jesús. La última es la que vale, se suele decir. Y la última postura o imagen de nuestro amado Redentor que las centra todas es la puesta sobre el monte colgado del madero, para que todos (*urbi et orbi*) la vean. "Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí". Jn. 12, 32.

En definitiva: el dolor solamente es comprensible y aceptable por, con, en el Amor.

Tengo idea de haber leído alguna vez esta frase que en mi juventud movía mi corazón hasta la emoción: "Cada nuevo dolor es un beso del crucificado". Y Jesús a los que ama les da muchos. Que nos lo digan los santos y los amigos del Señor. Sobre todo, que nos lo diga su Madre y también Madre Nuestra, a la que llamamos Reina de los mártires a justo título. Ella junto a la Cruz de su Hijo, compartiendo sus dolores nos ha alumbrado para la vida sobrenatural. Esta Madre, sin éxtasis, sin visión beatífica en la tierra, pero sí, inmersa en un mar de dolor, ha quedado constituida Madre de todos los hombres y Reina de los Angeles.

Para terminar esta llana apología del dolor voy a contar una anécdota que para mí, si no fue un descubrimiento de algo nuevo, sí que me dio una visión más clara y más profunda del valor sobrenatural del sufrimiento.

Era el año 1947. Estaba yo enferma y en cama hacía unos tres años, sin esperanza de recuperación ni de poder andar nunca jamás según diagnóstico médico.

Yo deseaba mucho hablar íntimamente con el P. Vallet, Fundador de los Cooperadores de Cristo Rey, del que ya he hablado en otro lugar. Pero hacía años que no había venido a Montesión.

Lo pedía al Señor; y de un modo muy providencial conseguí la deseada entrevista con él.

Subí a la enfermería donde yo estaba esperándole. Terminada nuestra larga conversación, el Padre, después de un breve silencio, sin preámbulo, por que salía del asunto tratado, me dijo con un tono algo misterioso: "Nuestro Señor es un cruel".

Al oír estas palabras que me sonaron muy mal, me volví a él y le miré algo seria. El padre que esperaba mi ingenua reacción de protesta, sonriendo como un ángel del cielo, con gran dulzura y suavidad me volvió a repetir muy lentamente como quien sabe bien lo que dice: "Nuestro Señor es un *Amante* cruel" apoyando el acento sobre la palabra "*Amante*". Fue entonces cuando comprendí el profundo sentido de aquella corta frase que el Padre con místico acento me iba repitiendo como queriendo decir: ¿Lo entiendes ahora?

El dolor es obra del Amor. El P. Vallet podía hablar de semejante modo porque llevaba en su cuerpo y en su alma bien marcado el estigma del dolor que Dios no le había escatimado en su rodar por la tierra de los vivos. Y estas expresiones fueran bien suyas, salidas de su alma de fuego, de un chiñado, de un enamorado de Dios.

A los tres meses de esta entrevista, maduro para el cielo, sucumbía bajo el peso del dolor y del amor.

Una fulminante angina de pecho cortó su preciosa vida. La muerte de los grandes amigos de Dios se produce en la brecha. El Padre estaba dirigiendo una tanda de ejercicios.

Termino esta digresión con un párrafo de Ramón Llull el autor iluminado.

"Véiase al Amigo apresar y atar, herir y matar por el amor de su Amado. Y los que le atormentaban preguntábanle: ¿A dónde está tu Amado? Respondióles el Amigo: Helo aquí en la multiplicación de mis amores y en la tolerancia que me da en mis tormentos" (Del libro del Amigo y del Amado nº 52). Do-

lor, fuerza y amor de todo provee Dios.

El martirio de la M. Josefina lo hemos de considerar como una identificación total con la Pasión de Cristo.

Ella lo deseaba, lo quería y Dios el "Amante Cruel" se lo concedió.

"El que no perdonó a su Hijo Amado, a su propio Hijo..."

7. Rm. 32. Tampoco librará del dolor a su hija amada.

* *Vegan p. 349.*

Relato del martirio de la M. Josefina

Digo con sinceridad, que desde que empecé a escribir esta historia, espero con temor ver llegar el momento de ponerme a narrar el martirio de la Madre. No por escasez de datos, que los tengo abundantes y precisos en mi poder y en mi memoria. No es eso. Lo que me da miedo y me crea problemas es pensar que con mis escasos conocimientos y pobreza de visión sobrenatural me expongo a emborronar la maravillosa obra del Señor en esta alma que se puso en sus manos "como hostia viva..." Rm. 12, I.

El obrar divino es tan delicado; tan sólo de Dios; está tan por encima de nuestra visualidad miope, que al intentar describirlo con nuestros medios humanos lo único que logramos hacer es oscurecerlo, desvalorarlo, cuando no lo echamos todo a perder.

"Las cosas cuanto más bellas y buenas como lo son las de la vida sobrenatural, serán siempre las más difíciles de decir por el misterio que encierran". M. Melendres. Y en la vida íntima de cada uno hay momentos cumbres donde el dedo de Dios tiene la exclusiva y si no le estorbamos El diseña las peculiares características que harán inconfundible entre los demás a cada una de sus obras predilectas, las almas santas.

Lo he dicho varias veces y lo repito aquí porque es la clave del misterio de la santidad de esta alma, que la Madre quería derramar toda su sangre para dar una prueba de gratitud y amor al Esposo de su alma... Y éste podemos decir que fue su carisma y su misión en la tierra.

La cruenta incorporación con el Cristo del Gólgota que asumió con el incondicional "¡heme aquí, Señor!" imprime y pre-

senta un bellissimo colorido a la espiritualidad de esta vida. Y podemos asegurar que Dios se propuso darle gusto.

Sí, su martirio estuvo marcado con una filigrana de semejanzas afines a la Pasión de Jesús.

Es impresionante, enternecedor, ver cómo le fue concedido entrar en el cielo revestida con su túnica ensangrentada; y adornada con las preciosas joyas con que el mismo Jesús se presentó ante el Padre.

Contaremos algunos de estos rasgos externos tal como se logró detectarlos. Lo que no podemos hacer ni intuir, ni menos comprender, como Dios, con cada nuevo dolor estaba obrando en el alma de esta fiel hija suya la misteriosa configuración y semejanza con su Hijo.

El tupido velo de la fe nos priva presenciar esta maravillosa transfiguración interior. Rebasa todo conocimiento humano y nos hemos de conformar con describir estos parecidos desde fuera. Pero algo es algo.

Todo cuanto vamos a decir sobre rasgos de semejanza con los sufrimientos de Jesús, no es ninguna rebusca forzada de detalles para ajustarlos piadosamente a fin de obtener un bello parecido con Jesús paciente. No. Todo está declarado por testigos fidedignos y lo pondremos entre comillas.

Por razón de claridad presentaremos una síntesis de todos ellos para no tener que interrumpir el relato martirial de la M. Josefina a cada instante.

— Recordarán los lectores lo que conté más arriba de nuevo necio profetismo al profetizar aquellas palabras “morir una para salvar a todas las demás”. Detalle que vimos cumplido al pie de la letra con la muerte de la Madre...

— En sus últimos días Jesús tenía que esconderse porque le perseguían para matarle. Los cuarenta últimos días la Madre sufrió una encarnizada persecución.

— Jesús antes de morir nos legó el más sublime mensaje de amor... Unas horas antes de morir recibimos de la Madre su testamento de amor...

— Como Jesús, fue víctima de una traición...

— La prisión de ambos duró menos de un día...

— Como Jesús, fue sometida a un largo e inicuo interrogatorio...

— La madre guardó silencio...

— En un momento dijo: “tengo sed”...

— Un fuerte dolor de cabeza suplió la corona de espinas con escarnio y burla de los fieros perseguidores...

— Fue maltratada, la llenaron de insultos y brutalmente arrastrada...

— Y “dio un gran grito”...

— Como un manso cordero que llevan al matadero... así fue conducida al martirio...

— Terrible soledad y abandono de las criaturas...

— ¡Aparente abandono de Dios!...

— Muere fuera de la ciudad...

— Perdona a sus asesinos. Pide su conversión y la obtendrá...

— Ruega por su pueblo... Por España...

— No tenía aspecto humano...

— Le pusieron un letrero encima que empezaba con las mismas letras “Esta es...”

— Dos hombres le dieron sepultura... Y uno se llamaba José...

— Compraron una sábana blanca para envolver el cuerpo de la Madre.

— La pusieron en un sepulcro prestado...

Por no hacer pesada y larga esta lectura he omitido las citas bíblicas que pueden encontrarse en el Evangelio, Profecías y San Pablo. Los testigos serán nombrados en su respectivo lugar.

Meras coincidencias pensarán algunos. Nosotras preferimos considerarlo como, besos del Crucificado, para hacerla semejante a Sí.

En esta semejanza radica la originalidad del martirio de la Madre Josefina.

Sucedió así: “En la mañana del día 31 de agosto de mil novecientos treinta y seis (un lunes) la Madre Josefina acompañada por Sor M. del Carmen Carretero, salieron de casa para ir a buscar algunas ropas que habían dejado en el piso donde se habían refugiado al salir del convento, Rambla de Cataluña, 119, 1.º”

Era muy temprano aún.

Al pasar por delante del Convento de Montesión la Madre volvió el rostro hacia él y fijando su mirada en aquellas paredes ahumadas donde estaba ubicado el coro emocionada exclamó: “¡Oh, Señor! ¡Cuánto os he amado dentro de estas paredes!”.

Testigo Sor Carmen que la acompañaba.

Estas son las últimas palabras que nos dejó como testimonio nuestra querida Madre. Una ratificación de lo que había sido su vida en el claustro, la de una enamorada de Dios. ¿Qué más nos podía decir? Había también amado mucho a sus hermanas y ahora iba a dar la vida por ellas...

"Jesús antes de partir..." nos habló mucho de su amor al Padre, a los suyos, y recomendó que nos amáramos unos a otros... "como Yo os he amado". Jn. 15, 12. Pocas horas más tarde, Jesús sellaba estas palabras con el sacrificio de su vida...

El deambular de dos señoras un poco extrañas, tal vez no reconocidas y tan tempranito, no pasó desapercibido a un vecino traidor (según rumores) que inmediatamente las delató al comité instalado en el mismo Convento de Montesión.

La Madre iba pensativa y cabizbaja al lugar de su prendimiento. Su Getsemaní.

"Entraron ante todo en el principal para saludar a la piadosa señora que tanto les había favorecido. Esto cumplido subieron al otro piso para recoger las ropas. M. Josefina iba con prisa por tener citado a un señor con quien debía tratar sus asuntos y, por insistencia de la compañera, se adelantó a bajar a despedir a la señora bienhechora, mientras la otra terminaría de hacer los paquetes de ropa y la esperaba en la parada del tranvía."

"Mientras la Madre y Sor Carmen estaban en el piso superior, había llegado al principal una patrulla de ocho milicianos armados con el intento de practicar un registro. La Madre no se había enterado y bajó tranquilamente.

Al poco rato se oyó el timbre, al oírlo la señora, pensando que sería la M. Josefina, gritó disimulando: Diga a esa señora que no entre ahora, que no estoy para atenderla.

Pero los milicianos que hacían guardia a la puerta replicaron: Que entre sí, que entre, que es a ella a quien buscamos. Serían las ocho y media de la mañana."

Al decir que buscaban a la Madre es que sabían que acababa de llegar y estaba allí. Iban seguros. Un traidor la había delatado, era cierto; y rápidamente se presentó el comité. Pero como Niro. Señor había destinado una sola para el sacrificio, la separó de este modo tan sencillo de la otra religiosa que la acompañaba.

"En cuanto los milicianos hicieron presa a la Sierva de Dios, la introdujeron en el salón y la sometieron a un largo y pesado interrogatorio. Creían que era la Priora, y ella no les contradujo, guardó silencio, a fin de salvar a su hermana M. Mercedes. Por eso pretendían que declarase el paradero del capellán y de las demás religiosas de la Comunidad, así como también el lugar donde estaban escondidos los valores del convento."

"La Sierva de Dios no pronunció la menor palabra que pudiera comprometer a sus hermanas o poner en peligro los intereses de la Comunidad, por más que durante doce horas insistieran los milicianos en querer arrancarle alguna confesión. En efecto, desde las ocho y media de la mañana hasta las ocho de la noche fueron turnándose los grupos de milicianos encargados de interrogarla continuamente, con el fin de debilitarla con sus indagaciones y forzarla a hablar. El jefe permaneció fijo en su puesto y la trataba muy bruscamente."

La sirvienta de la casa, una persona mayor que llevaba muchos años sirviendo a la Sra. Ballester, muy adicta a la Comunidad es la que hizo todas estas declaraciones; fijándose muy bien en el cabecilla, aquel que siempre estaba fijo. Y además le llamó la atención el buen porte de este hombre, como elegante y distinguido, a pesar de su fiera. Nos interesa no perderlo de vista, que al final de esta narración hablaremos de él.

"Las personas de la casa oyeron comentar a los milicianos la posición constante de la Sierva de Dios, y decían: ¡Qué terca es, pero ya lo pagará! También al cabo de las horas oyeron a la M. Josefina que decía con voz muy afligida: ¡No puedo más! Dadme un poco de agua, que me abraso! ('Tengo sed') y no por piedad, sino para que pudiera continuar hablando, consintieron en llamar a la sirvienta de la casa para que le sirviera un vaso de agua".

Los de la casa oyeron también que la Madre decía: "Me duele la cabeza!" Le contestaron insensibles y mofándose: "ya te la pondremos nueva".

Es inconcebible que pueda haber hombres, seres humanos, de tan cruel corazón, que ante una mujer indefensa, extenuada por el sufrimiento y los malos tratos pudieran contestar de esta forma. Pero ellos sin saberlo eran instrumentos que iban perfilando la configuración de esta vida con la de Jesús de la Pasión.

¡Pobre Madre! ¡Lo que allí sufrió, sólo ella y Dios lo saben!

Subía al calvario y esta cuesta arriba era sumamente dolorosa.

"Hacia las ocho de la noche, desesperados al no lograr las respuestas que querían de la Sierva de Dios, le ordenaron seguirles. Cuando llegó a la puerta de la calle y vio el coche preparado para subir, aterrorizada ante el pensamiento de tener que marchar en compañía de aquellos impíos, "dijo un gran grito" diciéndoles: "Si habéis de matarme, ¿por qué no lo hacéis aquí mismo?"

Este grito de la Madre fue anticipado para que muchos lo oyeran y pudieran testimoniarlo. Los porteros, los vecinos, los de la casa y una joven que servía que oyó el grito seguido de un fuerte golpe de puerta de coche y pensó: "otro que llevan a matar". Después de la guerra esa joven entró en nuestro convento. Se llama Sor M.^a Rosa Ros. Hija de un fervoroso cristiano asesinado también durante la persecución del 36.

La madre no temía la muerte, conocíamos su temple y valentía; lo que la horrorizaba era tener que marchar sola con aquella mala compañía. Y su temor no era infundado, pruebas daban de no tener muy limpia la conciencia; su modo de hablar delataba sus groseros instintos.

No es extraño que la Madre tan delicada y temerosa por su virtud predilecta lanzara un grito de miedo pidiendo que la mataran allí mismo. Su voluntad no fue atendida. Pero sabemos que su pureza no fue mancillada.

La Virgen María a la que la Madre amaba tanto y toda su vida le había rogado con fervor y confianza de hija que la asistiera en la hora de la muerte no la abandonaría en aquel trance. A su lado estaría para sostenerla en la gran prueba que le esperaba...

Los milicianos "la obligaron a subir al coche..." Los que presenciaron la escena dijeron que la obligaron a empujones y maltratos... Cerraron con un fuerte golpe el vehículo y desapareció en la oscuridad de la noche.

Sor Carmen Carretero su compañera, a media mañana, terminada la tarea de empaquetar la ropa se dirigió presurosa a la parada del tranvía donde confiaba encontrar a la Madre esperando. Y no la halló. Esperó un rato y en vista de que tardaba en llegar se decidió volver a casa Ballester segura de encontrarla allí.

Al verla la portera le dijo: "No suba usted si no quiere que la cojan los milicianos, pues está una patrulla armada en el principal".

Sor Carmen quedó aterrorizada al oír aquellas palabras porque sabía que los milicianos la buscaban; y la pobre se marchó con el corazón traspasado de dolor a dar la noticia a las monjas con quienes trataba, al Sr. Paulí, y a Jaime Busquets nuestro fiel sacristán que se pusieron al acecho todo el día para ver como terminaba todo aquello.

Continuación

De momento nada se supo de lo que pasó inmediatamente de la desaparición del coche con la M. Josefina. (Más adelante daremos noticias concretas de la muerte).

¿La llevarían a los sótanos de la Central de Investigación de la FAI donde sufrían cautiverio momentáneo muchos Sacerdotes, Religiosos y Religiosas junto con otros detenidos que esperaban la fatídica sentencia que los conduciría a las checas o a la ejecución?

Las que hemos tenido la desgracia o la suerte, hablo personalmente, de haber pasado por aquel lugar sabemos el pánico que infundía recorrer aquellos lúgubres sótanos de noche y casi sin luz, escoltados por unos pistoleros que nos conducían al tribunal "supremo" ¡a esperar la sentencia!

¡Pobre Madre, cuánto debió sufrir, sola, sin fuerzas, privada de todo auxilio humano y espiritual!

Veía cercana la muerte sin ningún ser querido a su lado. Ella que desde que entró en el convento se prodigaba auxiliando a enfermas y moribundas acompañándolas con sus oraciones y cuanto era necesario para la salud o para entregar placidamente el alma a Dios.

Para la Madre todo es soledad y abandono. En estas últimas horas, Nitro. Señor la privó de todo consuelo de la tierra para hacerla participar en plenitud de su pasión y muerte redentora.

Pocas horas más tarde yacerá su cuerpo en el duro suelo bañada en su propia sangre.

"Al día siguiente se encontró su cadáver en el Hipódromo. Su cabeza aparecía traspasada por una bala que se la destrozó totalmente. Sobre sus vestidos, en perfecto orden colocaron un papel que decía: 'Esta es la Priora de las dominicas de Montesión y su apellido es Sauleda'."

La Madre fue martirizada durante la noche del 31 de agosto al 1.º de setiembre.

Su cadáver fue hallado en las afueras de la ciudad en el lugar citado.

Es otro detalle de semejanza el morir fuera de la ciudad; aunque esto era normal para casi la mayoría de los asesinatos, podía muy bien no suceder así si la hubieran asesinado en la Rambla como la Madre pedía.

Jesús víctima expiatoria por el pecado y santificación del pueblo cumplió en El esta prescripción simbólica de la Ley cultural mosaica.

El dolor y el amor crea lazos de afinidad y la Madre quería corresponder con toda la realidad de su vida y de su amor a la obra redentora de su Amado y le dejaba actuar libremente y El la adornaba con sus joyas preciosas, Cruz y dolor.

Su cabeza aparecía horrorosamente magullada.

“Pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre ni su apariencia humana”. Is. 52, 14.

Estas palabras proféticas sobre el Mesías se cumplieron también en su fiel esposa. Tanto es así que para que pudieran identificar su cadáver los mismos asesinos dejaron sobre sus vestidos un papel escrito con el nombre y datos de la víctima, empezando la inscripción con las mismas palabras del rólulo de Jesús crucificado: “Esta es...” No conocemos otro caso igual.

El estado del cadáver de la Madre acusaba haber sufrido un lento y cruel martirio, su rostro virginal hollado por el más feroz salvajismo era fiel exponente de esta triste realidad.

“Aquel mismo día fue conducido el cadáver al depósito del Hospital Clínico, donde fue reconocido por D. Jaime Busquets sacristán del convento”.

El joven quedó consternado ante aquel espectáculo tan horroroso. Nadie imaginaba que la cosa llegara a tal extremo; y el miedo se apoderó de él como es lógico suponer, porque también le perseguían a muerte.

Reconoció a la Madre por el vestido y el letrero, que justificaba ser ella misma. Pegado al cadáver había una nota con el n.º que le pertenecía en el registro de ejecutados 4, 612.

“Avisados los familiares de la Sierva de Dios, se hicieron las gestiones oportunas para darle sepultura en un nicho particular del cementerio antiguo de Barcelona”.

Llegaron dos hombres para darle sepultura y uno de ellos se llamaba “José”. Eran éstos: su hermano Antonio y su sobrino José Sauleda que vinieron de San Pol de Mar el día 3 y se encargaron del entierro.

Compraron una sábana blanca para envolver el cuerpo de la Madre (les costó cinco pesetas). Otro detalle de semejanza con el entierro de Jesús.

Dios no permitió que su cuerpo fuese echado en una fosa común sino que fue colocada en un nicho para ella sola. Privilegio no concedido a todos los mártires de la Revolución. Así se cumplía en la Madre esta doble peculiaridad; sepulcro prescrito, y para ella exclusivamente. Los mismos honores que el Crucificado.

Los dos letreros que encontraron sobre el cadáver fueron recogidos por su hermano y sobrino lo mismo que un trocito del vestido y ropa interior que le cortaron para guardarlo como reliquia. Todo junto se colocó en una cajita de madera elaborada por un sacerdote pariente de la Madre Josefina, que durante la guerra estuvo escondido en S. Pol de Mar. Fue entregado a la M. Mercedes Sauleda, su hermana, entonces Priora de Montesión y terminada la guerra, depositado en el archivo del convento donde lo guardamos como precioso relicario.

En el momento de su martirio, la Madre Josefina tenía 51 años de edad (o sea 50 y un mes) y 31 años y siete meses de vida religiosa.

Esta fue la muerte de esta heroína de la fe.

Combatiste bien tu combate, ¡Madre!

Sabemos, y ha sido siempre un consuelo para nosotras tus hijas y hermanas en religión, familia y amistades, que los sufrimientos y malos tratos junto con el hambre y sed de aquel día terrible de tu detención y la tortura de tu martirio, no pudieron quebrantar lo más mínimo tu firme voluntad de dar la vida por la fe de Cristo y por el amor a tus hermanas que no quisiste en nada comprometer.

¡Cuánto heroísmo! Heroica lo habías sido siempre durante toda tu vida, pero con tu muerte, más que nunca. Así terminó tu aventura de fe y de caridad.

“Las religiosas de la Comunidad la oyeron siempre anhelar la gracia del martirio. Cuando amenazaba el peligro de la persecución religiosa, se afianzaba más en su alma este deseo y

esta heroica disposición. Y si veía alguna religiosa acobardada o temerosa, le argüía decidida: «Qué puede ocurrirnos; ¿el martirio? ¡Dichosa la que Dios destine a esta gracia!».

Tú fuiste Madre, la dichosa, la privilegiada, la escogida entre nosotras para esta formidable gesta cristiana por la que conseguistes la suprema dignidad de mártir de la Iglesia de Dios.

Tu vida se extinguió pronto aquí en la tierra. Tu alma se dio a Dios ha llegado ya a las fuentes de vida eterna donde cantas con júbilo con todos los bienaventurados del cielo:

“Amén. Alabanza, gloria, sabiduría,

Acción de gracias, honor, poder y fuerza,

a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén”. Ap. 7. 12.

Al contemplar san Juan el triunfo de los elegidos en el Cielo y la felicidad de que gozan exclama:

“Miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar... delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos. Y gritaban con fuerte voz: ‘La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero...’ v. 9-10.”

“Uno de los Ancianos tomó la palabra y me dijo: ‘Esos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?’...”

“Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios dándole culto día y noche...” v. 13-15.

“Ya no tendrán hambre ni sed... Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos”. v. 16-17.

Alabar a Dios es ensalzar sus atributos de bondad, amor, misericordia por haber intervenido en favor de los suyos, por eso junto con los bienaventurados manifestamos nuestra alegría exclamando:

“Alegrémonos y regocijémonos, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura, porque el lino son las buenas obras de los santos”. 19, 7-8.

La Sma. Virgen María luciría sus mejores galas para acom-

pañarte ante el Padre y ofrecerte como esposa in eternum de su Hijo amado.

Madre Josefina. ¡Con cuánto gozo verías acercarse, entre esplendores de gloria a tu Esposo que te decía:

“Mira que vengo y traigo mi salario”. 22, 12.

¡Yo mismo!

“Y el Espíritu y la Novia dicen: ¡Ven!”. 22, 17.

Y recibirías del Padre el beso de su Amor y felicidad eterna.

Un registro histórico

Cuando las monjas nos enteramos de la detención de la Madre Josefina, procuramos salir cuanto antes de las casas donde estábamos refugiadas a fin de no comprometer a nuestros bienhechores en caso de que nos buscasen.

Efectivamente, pensábamos lo que podía suceder y sucedió. Nos buscaban desesperadamente.

Así es que en aquel mismo día primero de setiembre fuimos a tomar posesión del piso que nos había preparado la M. Josefina en las afueras de Barcelona, pensando que estando lejos, quedaba a salvo nuestra seguridad personal. Abrigábamos la confianza de que pronto compartiríamos unos días de tranquilidad con nuestra esforzada y heroica Madre que bien se lo merecía después de tantas peripecias pasadas. Ninguna de nosotras se imaginaba de que la Madre no volviera. Estábamos convencidas que después del registro la dejarían en libertad.

Nos reunimos en el nuevo alojamiento; Sor M.^a Irene Servitge,¹ Sor M.^a Joaquina Palau, Sor Carmen Carretero y yo con la portera del convento, una mujer ya mayor. Pronto vendrían algunas ancianitas y el fastidioso asunto de los refugios quedaría terminado.

Viendo que se hacía tarde y la Madre Josefina no aparecía empezamos a temer por su suerte porque nos había llegado la noticia de que los milicianos se la llevaron presa, esto indicaba que se complicaba la cosa.

Al día siguiente nos levantamos preocupadas por lo que pu-

¹ Sor M.^a Irene Servitge Claramunt, nació en Igualada (Barcelona). Entró en el Monasterio de Montesión el 24 de febrero de 1934, era Priora la M. Josefina Sauleda. Profesó el 2 de octubre de 1935. Renovó la Profesión Simple a causa de la Guerra. Profesó solemnemente el 2 de abril de 1940. Murió el 13 de enero de 1955 a los 63 años de edad, d. e. p.

diera acontecer a la Madre y nos reunimos en el comedor para romper un montón de papeles que habían traído pertenecientes al padre del Capellán que era Procurador. Allí había facturas, cartas, documentos y direcciones que convenía exterminar cuanto antes a fin de evitar compromisos.

Eran las ocho de la mañana del día 2 de setiembre. Hacía poco rato que había llegado el hijo de la portera Jaime Busquets, que iba errante de escondite en escondite, porque estaba amenazado de muerte.

Venia nervioso, preocupado, el semblante demudado, los ojos le saltaban, se asomó al comedor donde estábamos destruyendo papeles, nos dirigió una mirada muy seria pronunciando unas palabras por lo bajo; habló con su madre y algunas palabras con Sor M.^a del Carmen comunicándoles la fatal noticia del asesinato de la Madre Josefina, encargándoles que nos lo comunicasen poco a poco a nosotras.

En aquel preciso momento se oyeron unos fuertes porrazos a la puerta de la calle. El timbre no funcionaba porque no teníamos aún luz eléctrica.

La portera que estaba en su habitación, la primera que daba a la calle, se dirigió a la puerta para abrir.

Su hijo al oír aquellos golpes temió lo peor y le seguía con la vista desde el corredor.

Así que abrió la puerta vio ondear en el aire por encima de su madre los cañones de las escopetas, al mismo tiempo que una patrulla desenfrenada y furibunda de ocho hombres penetraba en el piso revolver en mano a punto de disparar.

Al entrar habían vislumbrado la silueta de un hombre que bien conocían. Seguros de haber cazado la presa iban decididos a hacer fuego donde estuviere.

Jaime, al verlos entrar se metió en la habitación de su madre, se arrojó por la ventana, que era baja, y se escapó corriendo.

Los milicianos entraban y salían por las habitaciones gritando: ¡Dónde está aquel chico! Al ver la ventana abierta que daba a la calle comprendieron que se había fugado.

Desesperados al verse frustrados, dos de ellos salieron corriendo en su busca.

¿Cómo se enteraron de que estábamos allí las monjas? Se ve que por el camión que transportó los colchones y otros en-

seres de las monjas desde la Rambla, lo milicianos de aquel control, los mismos que detuvieron a la M. Josefina, descubrieron nuestro paradero y estaban vigilando el momento de atraparlos. Les salió bien la treta. Fueron más listos que nosotras.

Como se puede suponer, estábamos todas presas de espanto. Exteriormente, Ntro. Señor y la Sma. Virgen, nos concedieron la gracia de mantenernos con serenidad ante aquella escena de terror que presenciábamos y de la que nos habíamos convertido en verdaderas víctimas protagonistas del drama.

Era lo que menos esperábamos por la mañana al despertarnos tranquilas después de haber pasado la primera noche en casa propia: falta de todo sí, pero era lo de menos esto. Lo principal estaba resuelto. Se había terminado el enojoso asunto de los refugios, gracias a Dios, y allí nadie nos molestaría.

Lo cierto era que habíamos caído en la garra del lobo y de no intervenir un milagro era imposible escapar.

Al entrar en el comedor el primer saludo del jefe de la patrulla fue: ¡Monjas, eh? ¡Y de Montesión? Todas contestamos afirmativamente.

Después añadió con aire amenazador. ¡Qué estáis haciendo aquí, romper papeles, quitar compromisos de delante?

Y empezaron las preguntas y las amenazas de muerte apuntándonos con la pistola que no dejaban de la mano. Y nos decían: dentro de poco todo estará liquidado.

¡Cuánto mal han hecho dentro del convento! Y aquellas bocas empezaron a proferir insolencias, palabras indecorosas y calumnias a granel. Con la huida de Jaime su cólera y rabia infernal subió de punto transpirando venganza por todos los poros.

Un viejo acercándose me preguntó: ¿Qué haciais dentro del convento encerradas? Yo le contesté: rezar. Al oír esto, brusca-mente, dio media vuelta y gritando decía: ¡Cuántos pecados haríais para rezar tanto! Y unos a otros se decían: éstas, señalándonos con la mano, pronto están despachadas.

El cabecilla nos privó de proferir ni una palabra entre nosotros y cogiendo la pistola decía: a la primera palabra que oiga disparo.

Luego agarró la mesa tirándola hacia él, se sentó y ordenó que le trajesen todo el montón de papeles rotos y sin romper y empezó un largo y paciente trabajo de investigación juntando los trozos rotos mirando de encontrar nombres y direcciones

para sus criminales intentos. Si encontraba escritos en francés los traducía con gran facilidad.

Mientras tanto continuaba amenazándonos y haciéndonos preguntas.

Este sujeto daba la impresión de que no era un hombre vulgar, sino una persona además de inteligente, de distinción social, por el porte y autoridad sobre los otros. Incluso en su lenguaje antimoral usaba términos que manifestaban una cultura muy superior a sus compañeros.

En el modo de argüir demostraba ser un experto jurista que entendía de artimañas para enredar y hacer resbalar. Una sola palabra que dijéramos era seguida de una sarta de argumentos falsos capaces de confundir a cualquiera. Por lo que optamos por callar.

Entonces se encaró conmigo y me dijo: "Tú eres la secretaria y lo sabes todo". A esto siguieron una serie de preguntas a cuál más disparatada. Yo le contesté que era novicia y nada sabía.

Al oír esta palabra, uno que estaba a su lado le preguntó: ¿Qué es eso? A lo que contestó con presteza y maestría explicándole el significado de aquel vocablo misterioso.

Un miliciano cogió un crucifijo que había en la mesa y con desprecio lo tiró sobre el montón de cosas preparadas para quemar.

Durante toda mi vida me he inculcado como una cobardía el no haberme lanzado a cogerlo para besarlo y apretarlo sobre mi pecho, aunque me costara la vida. ¡Qué poco valiente fui; y qué poco amor de Dios tenía!

Mientras tanto aquel viejo se puso a recoger lo poco que teníamos en la cocina, platos, cazuelas, vasos y cuanto encontraba, y lo metía en un cesto que encontró. El jefe que se dio cuenta desde lejos le gritó: ¿Qué haces tú? y él contestó: hasta las piedras nos hemos de llevar. Dando a entender con esto que nuestra sentencia de muerte estaba decidida de antemano; y venían dispuestos a despacharnos como decían en su sádico lenguaje.

De mala gana y refunfuñando desistió del pillaje. Le tenían respeto a su cabecilla, cosa rara entre aquella gente.

El que presidía me interrogó de nuevo diciendo: ¿Por qué estáis aquí?, etc. Yo le contesté que no teníamos familia en

Barcelona y alquilamos este piso para reunirnos con nuestras monjas ancianas que no podían ir con sus parientes. Las jóvenes nos buscaríamos trabajo para poder vivir pues nos lo habían quitado todo. Ahora estamos esperando de un momento a otro que llegue la M. Josefina, la Maestra, que fue detenida anteayer.

¿Se enteraría al oír mis lastimeros acentos y el nombre de la M. Josefina? ¿Le vendría al pensamiento la figura de una mujer que hacía pocas horas había cruelmente asesinado, y le requemaba la conciencia por dentro?

¡Algo hubo!

Una monja oyó que disimuladamente decía a un camarada: "No saben nada". Ella tampoco comprendió lo que quería decir con aquellas palabras. Luego las interpretó que se refería a la muerte de la Madre.

Llevábamos ya unas horas de congojas entre vida y muerte teniendo que aguantar, por añadidura, el procaz lenguaje de aquellos desventurados que no quiero dejar escrito por no escandalizar a más de un piadoso lector de este libro, cuando de pronto, irrumpe en el comedor una patrulla de policía armada.

Según decían, un hombre les había telefonado para que vinieran a auxiliarnos. Hablaron con el cabecilla y mirándonos con irónica sonrisa y desdén nos dijeron: "Aquí se muere por Jesucristo y que les vaya bien". Y se marcharon.

Después se supo que al huir Jaime telefonó a la policía considerada más moderada para que vinieran a protegernos y resultó que estos protectores eran del mismo calibre que los de la F.A.I.; pruebas dieron de ello.

Nos hicieron pasar a una habitación una a una para registrarlos a fondo, creían que llevábamos escondidos entre los vestidos los codiciados intereses de la comunidad.

En honor a la verdad, debemos decir que respetaron nuestros cuerpos, gracias a Dios, pero nuestra honra, rodaba por los suelos.

Serían de doce a una cuando entraron triunfantes los dos milicianos que marcharon persiguiendo a Jaime. Contentos decían: ya está patas arriba. Al oír estas palabras comprendimos que lo habían asesinado.

A su madre no le dijeron nada.

¿Qué había pasado? El pobre tráfuga en su aturdimiento no sabía donde meterse. Primero telefonó a la policía, como

he dicho anteriormente. Luego iba errante de un lado a otro porque se dio cuenta de que le perseguían. Subía y bajaba de los tranvías con tan mala suerte, que al cabo de tres o cuatro horas los perseguidores dieron con él en un tranvía en la Plaza de Tetuán. Le hicieron bajar y allí mismo, con una descarga de pistola lo dejaron tendido en el suelo, muerto. Tenía 28 años de edad. Otro mártir. Era un cristiano ejemplarísimo que murió cumpliendo un deber de caridad al servicio de las monjas. Y ya sabemos lo que dijo el Señor, que considera como hecho a El mismo todos los servicios que se hayan prestado al menor de sus hermanos. Mt. 25, 40.

Desde que salimos del convento estuvo incondicionalmente al servicio de la Comunidad ayudando a la M. Josefina en todo. Era su persona de confianza. La libreta de la Caja de Ahorros la tenía en su poder y cumplía cuanto le ordenaba la Madre; hubiera podido esconderse pero adicto a la comunidad prefirió correr los mismos peligros, pues comprendía que le necesitábamos y, efectivamente, nos sacó de muchos apuros y prestó muchos favores. Dios le habrá recompensado el sacrificio de su vida en favor de los hermanos con la sublime gloria de los santos. Y tal vez a no tardar su nombre conste en la lista de los canonizables.

Jaime, al escaparse, dejó la libreta de ahorros en la habitación de su madre que al encontrarla los milicianos la robaron como es de suponer. Con esto nos quedamos sin un céntimo.

Contentos y satisfechos el astuto jefe y sus camaradas por haber liquidado a Jaime y substraído nuestro haber monetario, se dispusieron a acabar con nosotras.

Preparaban ya las armas cuando el jefe nos preguntó: ¿Dónde queréis que os fusilemos, aquí o ir de paseo?

Todas contestamos que allí mismo.

Y nos preparamos para morir. Era aquélla la voluntad de Dios y la aceptamos en plena conformidad. Un silencio escalofriante se apoderó de nosotras, pero teníamos paz...

¿Intercedería desde el cielo la M. Josefina para salvar nuestras vidas?

Creemos que sí. Ella había ofrecido la suya para salvar a su comunidad. Dios la había aceptado y no la iba a defraudar. Se necesitaba un milagro para cambiar en un instante la fiera actitud de aquella patrulla deseosa de acabar con nuestras vidas.

La cuestión fue que el célebre y distinguido jefe en lugar de decir: ¡Fuego! se volvió a nosotras y dijo: "Bueno, por hoy os perdonamos la vida". Y continuó: "nos vamos pero volveremos". Ninguna marcha de aquí, porque si encontramos a faltar una lo pagaréis caro." Y se marcharon.

Ante esta última amenaza, ninguna quería salir de casa por temor de que al volver no nos hallaran todas reunidas.

En esta situación de arresto nos quedamos después de seis horas de lenta agonía. Abatidas como estábamos el menor ruido se nos antojaba la presencia de nuestros secuestradores.

Días de angustia

Dos días después volvieron algunos de los patrulleros en busca de la portera que les había dado alguna dirección equivocada. Se la llevaron y horas más tarde ellos mismos la acompañaron hasta casa.

No recuerdo bien si fue en esta ocasión que el cabecilla me dijo en un tono algo compasivo: "Quedaos aquí tranquilas, podéis ir a trabajar, no hay necesidad de marchar, dando a entender, no os molestaremos más."

¿Qué cambio se estaba operando en aquel hombre? Lo veremos en el capítulo siguiente.

El mismo día del registro por la tarde nos comunicaron el fatal suceso del asesinato de la Madre Josefina.

Aquella inesperada noticia nos dejó consternadas. El drama que estábamos protagonizando desde que salimos del convento había llegado a su culmen con toda la crudeza y realismo inimaginable. Aquello fue de vértigo. El golpe fue tan fuerte, la impresión tan profunda y desoladora que nos pusimos a llorar desconsoladamente. Las otras monjas supieron sobreponerse y en medio del sentimiento, su espíritu más maduro que el mío supo reconocer la permisión de Dios y aceptaron la desgracia con admirable conformidad cristiana.

Yo, aunque me conformara también, no pude controlar mi sensibilidad con reflexiones piadosas y me anegaba en un mar de lágrimas. Era joven, quería mucho a la Madre; ¡Había hecho tanto por mí! No se había marchado y puesto a salvo para protegernos y yo me consideraba una privilegiada en este sentido, por lo que tenía motivos para quererla mucho y estarle agradecida, casi diría, más que ninguna. Ante el inesperado golpe la espina del dolor quedó clavada en mi corazón y mi poca virtud

me traicionaba y las lágrimas eran mi pan noche y día. No podía tomar bocadito ni dormir. Así un día y otro. Al tercer día, extenuada y deshecha por la pena, la inapetencia y el insomnio, al irme a la cama entre lágrimas suplicaba a la Madre Josefina (cosa que no se me había ocurrido hacer antes), que si estaba en el cielo me alcanzara la gracia de aliviar mi pena, que si me protegía en la tierra más podía hacerlo desde el cielo... etc. etc. Varias horas estuve suplicando de esta forma cuando quedé dormida hasta las seis que desperté.

¿Qué había pasado? Para mí un verdadero milagro. Estaba cambiada por completo; física, moral y espiritualmente.

Me levanté serena, con una paz muy grande en mi alma. Ni me conocía a mí misma, ni me conocían las otras. Parecía que me habían nacido alas.

Había recobrado la tranquilidad, la paz, la ilusión de vivir, el optimismo, hasta el buen humor y el sonreír cosa que me era imposible hacer los días anteriores. Se normalizó el apetito de comer y el sueño.

Volví a ser Sor Catalina de antes.

Lo que acabo de contar lo he tenido siempre como una gracia obtenida por mediación de la M. Josefina. Y para que no dudara de que era ella la que me había favorecido y no el efecto del sueño reconciliado, me dejó una señal externa patente y a la vista de todos.

Se secó la fuente de mis lágrimas de tal manera que desde entonces, hace ya cincuenta años, hasta el momento presente, no he vuelto a verter ni una sola, motivada por la muerte ni el recuerdo de la Madre. Aunque viera llorar a las otras yo me he mantenido serena, sin ningún esfuerzo; naturalmente.

No es que dejara de sentir profundamente la desgracia, no, eso es otra cosa. La herida quedó abierta por muchos años o para siempre; pero ya era distinto.

Me sentía confortada y hasta feliz después del súbito cambio de aquella noche. Si Dios lo había permitido, El sabe lo que hace y por qué lo hace. Bendito sea Dios; y como el paciente Job decir: "Dios es el que hiera; El da y quita". Su mano poderosa va realizando sus eternos designios en cada una de sus criaturas y muchas veces a fuer de contratiempos. A pesar de todo, nuestra esperanza tiene un firme punto de apoyo: la conformidad con la voluntad de Dios, éste es el bálsamo que sua-

viza todas nuestras penas pequeñas y grandes; ya podía reflexionar serena y piadosamente...

La solicitud materna de la M. Josefina no se extinguió con su desaparición de entre nosotras. Al contrario. Podemos decir que se potenció, principalmente en aquellos azorosos tiempos de guerra civil. Continuamente palpamos su protección. Sin duda alguna, a su intercesión debemos la vida que se nos fue indultada. Y otras muchas gracias que no me entretengo en relatar por no alargar demasiado esta historia.

Únicamente añadiré para terminar que la Madre Josefina cumplió fielmente su deber de no dejarnos abandonadas. En vida y en muerte protegió a su amada Comunidad.

Antes de morir nos deparó una vivienda segura a las que no la teníamos. Albergue del que la Madre no pudo disfrutar ni un solo día.

En esta casa permanecieron las monjas antes dispersas, casi hasta terminar la guerra que se posesionaron nuevamente del convento.

Los intereses de la comunidad que se daban casi por perdidos, se consiguieron, según una nota escrita por Sor Angeles¹ que se guarda en el archivo, por la intervención de la M. Josefina. Logrando de este modo el triple objetivo deseado; salvar a la Comunidad, recuperar el Convento y los exiguos pero necesarios bienes monetarios.

PERO A CAMBIO DEL HEROICO SACRIFICIO DE "UNA".

Digo de verdad que todas y cada una de nosotras hubiéramos preferido mil veces más perderlo todo con tal de poder recuperar íntegra la Comunidad.

Pero Dios lo dispuso de esta manera, y bendita y alabada sea su santísima voluntad.

Si quisiéramos continuar narrando cuanto sucedió a la Comunidad hasta su total reincorporación en el convento de Montesión, esta historia se haría interminable. Se necesitaría muchas páginas para hacerlo, pero, como todo lo que está relacionado

¹ Sor M.^a de los Angeles Díez, en el bautismo, Crescencia. Había nacido en Villaverde de Arcayos (León) el 19 de abril de 1914. El 29 de abril de 1935 entró en el Monasterio de Montesión siendo Priora la M. Josefina Sauleada. Visitó el Sto. Hábito el 30 de octubre. A causa de la guerra civil de 1936 tuvo que interrumpir el Noviciado el cual comenzó de nuevo en enero de 1940. Profesó el día 18 de enero de 1941, emitiendo la Profesión Solemne el 4 de agosto de 1944. Falleció el 3 de abril de 1978. d. e. p.

con la vida de la Madre Josefina ha terminado, ya no interesa y pongo fin.

Solamente añadiremos un capítulo, tal vez el más interesante e impresionante de esta historia, como corona de gloria para nuestra ínclita mártir.

Desde el Cielo se alegrará la Madre de que se pregone la misericordia del Señor y su paternal Providencia en favor de los hombres y muy particular de *uno* que fue objeto de su intensa y dolorosísima plegaria en la noche trágica de su martirio.

Datos sobre la muerte de la M. Josefina

¿Qué pasó a partir de las ocho y media de la tarde del día 31 de agosto de 1936 hasta encontrar su cadáver al amanecer del día 1.º de setiembre?

De momento era un enigma que todos deseábamos descubrir, mas, era inútil pretenderlo e imposible lograrlo por ningún medio. Todo quedó encubierto en la oscuridad y silencio de aquella triste noche. Nadie había presenciado su cruento martirio fuera de los ejecutores del asesinato.

El aspecto del cadáver de la Madre visiblemente manifestaba que había sido objeto de una cruel tortura. La mandíbula superior se hallaba fuera de lugar y todo el rostro desgarrado, como ya dije anteriormente. Aquel estado no era producido por el traspaso de una bala. Habíanse usado otros instrumentos de tortura; a la vista estaba la contundente realidad; y, ¿quién daría razón de aquel acto tan ocultamente perpetrado?

Lo que voy a contar lleva el sello de una irrefutable autenticidad por lo que no se puede dudar de la verdad del relato. Además, no es el único caso, sino, uno entre muchos, en que los mismos criminales hicieron pública confesión de sus delitos pidiendo perdón a las víctimas y a sus familiares e imploraron la misericordia de Dios.

Nada hay imposible para Dios. El mover los corazones, el cambio de ideas, el arrepentimiento, la humilde confesión de los pecados, todo es obra de su gracia y propio de su misericordia infinita y su inmenso amor a los hombres.

Terminada la Revolución marxista en 1939, circulaban unas

revistas, tanto en Francia como después en España, donde tuvimos la ocasión de leer un artículo sobre los mártires de la Revolución española recién terminada. Y nos llamó la atención la declaración que hacía *uno* que se confesaba culpable de muchos asesinatos y entre varios figuraba el de la Madre Josefina Saulea. Esta lectura nos impresionó y despertó entre nosotras un gran interés por lo que nos afectaba. Sor Isabel, nuestra bibliotecaria, se apresuró a tomar nota guardando estos apuntes que luego depositó en el archivo de Montesión; gracias a ello podemos dar a conocer esta declaración que nos pone en conocimiento de lo sucedido en las últimas horas hasta el momento de expirar la mártir.

Leed este impresionante relato que la autora del artículo nos transmite y que la cronista copió cuidadosamente.

“Notas sacadas del momento de la detención en Barcelona de E.B.H. Abogado y Diputado a Cortes, ajusticiado un viernes en los primeros días de febrero de 1939.”

Dejó varias cartas escritas... “El se acuerda de algunas de sus víctimas y dice: que es más fácil cometer el crimen que olvidarlo. Entre otras recuerda a los dominicos Florentino Fernández, José García Díez y Cándido Fernández profesores del Angélico de Roma; muertos a los dos días de su llegada a esta patria donde la obediencia les envió.¹ El ve esas ropas blanquísimas llenas de polvo de salivazos y sangre. El aún escucha la voz de los mártires salmodiando la *Salve* porque no tienen fuerza para cantarla.

El sabe que serán buscados en vano tantos y tantos religiosos desaparecidos que nadie conoció su suerte y fueron las víctimas de su celo asesino.

El no podrá hacer desaparecer de su recuerdo y remordimiento haga lo que haga, la noche durante la que fue lenta y cruelmente torturada la Rda. Madre Josefina Saulea (priora) del Monasterio de Montesión de Barcelona... El se representa

¹ Los dos últimos eran Profesores de Colegio Angelicum de Roma llegados dos días antes, de paso hacia su tierra natal. Se habían hospedado en la Residencia de la calle Zaragoza que pertenecía a la Provincia de Filipinas.

Fueron asesinados el 27 de julio de 1936 con otros dos compañeros; el Padre Florentino y Fr. Escavias.

Los Padres que vivían en la Residencia venían todos los días a celebrar la misa en la Iglesia de Montesión. Los conocíamos mucho. Eran muy fervorosos. Alcanzaron la palma del martirio no entre infieles en el Oriente, sino entre sus hermanos de raza y nación.

a la Madre y oye sus dolorosos gemidos y al rayar el alba cuando estaba a punto de expirar su plegaria por la Patria y por los que la martirizaban...

Un viernes a la mañana clara y fría del mes de febrero de 1939 los guardias fueron en busca del condenado. El tiembla... él que hizo temblar a toda una población... él llora... quien hizo llorar a tantas madres y esposas...

Antes de salir de la celda donde recibió por la plegaria de sus víctimas la misericordiosa absolución de mano de un sacerdote que perdona en nombre de sus hermanos en la fe y de su Dios: E. B. enseña las cartas que ha escrito.

En estas hojas blancas manchadas de tinta emborronadas por las lágrimas, él pide perdón a las familias de sus víctimas. El pide perdón a Dios; y dice: Si yo hubiera nacido unos años más tarde no me hubiera dejado llevar por estos sangrientos sofismas.

El muere cristianamente. (Firmado) Marie Ange”.

Lástima que no tengamos estas cartas. Lo que nos ha llegado no son más que fragmentos de ellas, lo suficiente para cumplir la voluntad del ajusticiado que implora el perdón a todos los perjudicados por sus crímenes.

No cabe duda que esta confesión es auténtica. Semejantes declaraciones no se inventan y menos pregonan sin expresa voluntad del convertido; y menos aún el nombre.

Dios permitió que por este medio llegáramos a conocer una verdad que estaba oculta y deseábamos saber.

La M. Josefina, según esta declaración, fue cruelmente martirizada; expiraba al rayar el alba; durante su prolongada agonía rogaba por España y por sus asesinos, principalmente por el jefe de ellos, el más cruel, que cebaba su odio exteriorizando su maldad desfigurando aquel rostro que se le iba grabando en su retina e imaginación por lo que procuraba hacer desaparecer.

El desgraciado no comprendía que a través del rostro y de la mirada angustiada de aquella mujer, misteriosamente, se le imprimía el rostro de Cristo, su mirada llena de amor, reprensión y perdón. “Quién os persigue a vosotros, me persigue a mí”.

La configuración con Jesucristo conlleva esta proyección de perdón, de luz, de amor hacia los hombres de las almas identificadas con El.

No podemos dar razón del proceso interior de conversión de esta alma. Pero el mismo culpable dice que es más fácil cometer el crimen que olvidarlo.

Este continuado recuerdo, engendraba el remordimiento en su conciencia que él procuraba ahogar cometiendo nuevos crímenes. A pesar de todo "no podrá hacer desaparecer de su recuerdo haga lo que haga, aquella noche... y aquella mujer... (la M. Josefina) que mientras martirizaba rogaba intensamente por él y sus compañeros.

Y la gracia caía del cielo en el interior de su alma empedernida haciéndola pasar de las tinieblas a la luz.

Pasaron años, pero al fin, llegó el triunfo de la gracia y tras una humilde confesión y sincero arrepentimiento, de un plumazo quedó borrado todo un pasado fanático, anárquico y revolucionario colmado de crímenes, robos, blasfemias y sacrilegios.

Este hecho es digno de que quede escrito en memoria suya. Es un hijo de Dios que ha vuelto a la casa del Padre y no dudamos de que está gozando en el cielo de su gloria.

Una vez más donde abundó el pecado sobreabundó la gracia y la misericordia de Dios.

Se salvó esta alma como se salvarían muchas de aquella hornada infernal roja.

La sangre de los mártires es fecunda. Aquellos hermanos nuestros sin fe no sabían lo que hacían.

Nuestra M. Josefina obtuvo el perdón de su verdugo. Tenía que abrir el cielo a un pecador como fruto de su sangre unida a la de Cristo Jesús que pendiente de la Cruz dijo al ladrón arrepentido: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Ahora podemos dar datos concretos y decir con certeza que el jefe de la patrulla que tuvo detenida a la M. Josefina durante todo el día 31 de agosto es el mismo que la torturó y mató en aquella misma noche.

El mismo también que capitaneaba la patrulla de milicianos al siguiente día 2 de setiembre al presentarse en la calle Albigeosos para hacer un registro en el que nos estuvo amenazando de muerte durante seis horas.

Estas declaraciones coinciden con todos los demás datos que hemos conseguido obtener sobre él.

Ante mí tengo un diccionario con su fotografía al que reconozco ser el mismo que vino a practicar el registro y que al

nombrarle la M. Josefina quedó pensativo, y dijo al compañero de al lado "no saben nada".

Las notas biográficas son las siguientes:

"B. H. E. (Torrecilla en Cameros, Logroño - Barcelona, 1880 - 1939) Político y escritor español. Licenciado en Derecho. Fundador de la 'Juventud Republicana Federal'; orador sindicalista muy popular. En 1926 participó en la conspiración contra el general Primo de Rivera y en 1931 Diputado en las Cortes Constituyentes. Durante la Guerra Civil de 1936-1939 dirigió en Barcelona un Tribunal Revolucionario. Ajusticiado en febrero de 1939". (E.E.s.)

Terminada esta biografía nos prosternamos ante Dios infinitamente Poderoso para darle gracias, a El que es rico en misericordia en orden a la salvación de las almas. Y no encontramos palabras más apropiadas para expresarle nuestro acatamiento, amor y asombro que aquellas que dirige san Pablo a los Romanos II, 33 - 35.

¡Oh, abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!

...Porque de El, por El y para El son todas las cosas.

¡A El la gloria por los siglos!
Amén.

EPILOGO

Al terminar estas páginas me ha venido a la memoria aquello que dijo santa Teresa de Jesús al contemplar su retrato que mal le había hecho Fr. Juan de la Misericordia: "Te perdono, porque me has pintado fea y legañosa".

La Madre Josefina podría, tal vez con más razón, desde el cielo achacarme lo mismo, si ha ido siguiendo las huellas que mis dedos han ido dejando impresos en el papel blanco. "Sor Catalina, te perdono todas las deficiencias, pero no te preocupes, donde no llegas tú llega Dios". Comprensiva en vida, más lo será desde el cielo.

Madre, reconozco que tú merecías mucho más; yo no he sabido hacerlo mejor. Tú has visto mi buena voluntad y me excuso con aquellas palabras que tantas veces te oí pronunciar: *on no n'hi ha, no en pot rajiar*.

Bien sé que si hubiéramos puesto en manos de un experto biógrafo todo cuanto sabemos de ti, habría escrito unas bellísimas páginas de tu vida que todos admiraríamos. Pero tuve miedo de que te desfiguraran dándote una forma excesivamente idealista. Por eso he preferido hacerlo yo misma y describirte, sí, con menos brillo y menos técnica literaria pero con más exactitud y ajuste a la realidad, en gran parte vivida por mí.

Te pido Madre, que alcances del Señor una bendición especial por tu Monasterio de Montesión, tu Congregación, por todos los que lean estas páginas y para todos juntos, un amor de Dios como el tuyo para que podamos decir de verdad como tú decías: "Ya lo tengo enamorado". Porque al final sólo seremos juzgados sobre el amor.

Imploramos del Dios Altísimo ver llegar pronto el día venturoso que la Iglesia, con su autoridad plenísima, nos declare que podemos decir muy alto que nuestra Madre Josefina ha sido mártir de la fe de Cristo y gloriamos de verla en los altares con la aureola de los santos.

Que la Sma. Virgen María del Rosario presente nuestras súplicas ante su Hijo, y Ella que todo lo puede haga desaparecer todos los obstáculos y allane el camino para que se cumpla pronto el deseo de nuestro corazón.

Amén, Aleluia.

TRASLADO DE LOS RESTOS MORTALES DE LA M. JOSEFINA

Terminada la guerra civil y reunida de nuevo la Comunidad en el convento de la Rambla de Cataluña se pensó en seguida en trasladar los restos mortales de la Madre Josefina.

Este era el deseo principalmente de la M. Mercedes Saule-da, su hermana.

Aunque se había intentado varias veces hacerlo la Comunidad no se decidía del todo por la inseguridad que teníamos de sí o no quedarnos definitivamente en Barcelona o trasladarnos a las afueras de la ciudad.

Pasamos algunos años en esta dubitación hasta que al fin nos decidimos a vender el Convento y nos trasladamos a Espluges de Llobregat el año 1947.

El día 2 de octubre del año 1948 fue bendecida y colocada la primera piedra del nuevo Monasterio de Montesión.

Debajo del templo se construyó la cripta sepulcral que una vez terminada, se procedió a la bendición a fin de trasladar cuanto antes los restos mortales de la M. Josefina.

Hacia la mitad del Año Santo de 1950, el día 23 de junio, una limitada comitiva, compuesta de algunos familiares y unos amigos de la Comunidad, se trasladaron al Cementerio Antiguo de Barcelona para presenciar la exhumación de los restos.

Cuando llegó el coche que conducía el féretro, penetró en el patio interior de la finca hasta la puerta del convento y fue colocado sobre un túmulo allí preparado.

Desde el patio fue conducido en procesión con Cruz y ciriales hasta el cementerio, en la cripta de nuestra Iglesia, distante unos cien metros. Primero iba la Comunidad que reservó para sí el privilegio de conducir por sus propias manos el féretro que contenía los amados restos de la Madre. Durante el trayecto iban turnándose por grupos.

Presidía tan emotivo acto el Dr. D. José Boada, Canónigo Arcipreste de la Metropolitana de Tarragona, ya octogenario, que había sido Capellán de la monjas de Montesión en la primera década de este siglo y fue director espiritual de la M. Josefina, del que ya hemos hablado varias veces en esta biografía; y el Dr. Cots nuestro Capellán con otros asistentes. Seguía una comitiva numerosa de familiares y amigos procedentes de San Pol de Mar que llegaron expresamente para presenciar el acto del traslado, y otros conocidos y vecinos.

Durante el trayecto se cantó el Responso *Libera me Domine...*

El féretro fue colocado en un lugar preparado visible para todos. Antes de inhumar los restos se destapó la caja mortuoria. Una emocionante expectación inundaba a todos los presentes. Se estaba esperando con ansiedad este momento. ¿Cómo la vamos a encontrar? Creíamos ver un montón de huesos y no fue así. El cadáver estaba entero; el volumen era casi el mismo de cuando vivía; el vestido manchado pero íntegro, los brazos estirados a lo largo del cuerpo (igual como me la imaginé muerta, unos días antes de morir cuando plácidamente descansaba en la cama), por el escote del vestido veíamos una parte del cuello con la piel apergaminada. La cabeza como se sabe estaba totalmente destrozada; las mandíbulas desencajadas, aquello impresionaba de verdad. Era tremendamente enternecedor.

¡Pobre Madre, qué martirio! ¡Cuánto sufriría!

Lo que más podíamos contemplar eran sus manos que estaban enteras, como disecadas, con señales de haber padecido mucho.

Aquellas manos que derrocharon caridad durante toda su vida y que tantos favores nos proporcionaron. Aquellos dedos rígidos que años atrás hacían vibrar las notas melodiosas del órgano con una peculiar suavidad religiosa, según nos decía Sor M.^a de Jesús, que elevaba el espíritu de las monjas.

Todas las monjas y los demás asistentes nos sentíamos poseídos de fervor y veneración ante aquel misterio de muerte y martirio y un silencio profundo nos tenía en suspenso.

Estaba terminantemente prohibido extraer ni lo más mínimo de los restos.

Antes de tapar la caja le pusimos un escapulario blanco de la Orden como emblema dominicano. Cumplido este sagrado y

fraternal deber se cerró la caja y seguidamente fue colocada en el nicho preparado, en dirección diagonal.

Más tarde se colocó delante una lápida con la siguiente inscripción:

IN CHRISTO VIVAS SOROR JOSEPHA SAULEDA
PAULIS O.P. NOVITIARUM MAGISTRA PROCUIUS HONORE
MARTIRIUM SUBIISTI DIE XXXI AUGUSTI
MCMXXXVI.

Unos meses después, el día 6 de diciembre, falleció la M. Mercedes Sauleda, su hermana que tanto había deseado ver el traslado de la M. Josefina. Dios le había otorgado ver realizado este gran deseo de su corazón, contaba 81 años de edad.

Al año siguiente, el 9 de mayo, falleció el Dr. José Boada que había acompañado en este impresionante acto como prueba de cordial afecto a esta santa religiosa a quien había aconsejado espiritualmente muchos años. In Pace.

Proceso sobre la
fama y martirio de la
Sierva de Dios
nuestra venerada
Madre Josefina
Sauleda Paulís
Proceso preparatorio
para la causa de
Beatificación de los
Mártires Dominicanos
de Barcelona

1985
58

Febrero, día 3, a las cuatro y media de la tarde de este día empezó la primera sesión verificada en nuestro convento del proceso, sobre la fama y martirio de nuestra venerada y bien amada Madre Josefina Sauleda Paulís; martirizada en los aciagos días de la Revolución marxista, en el año 1936.

Presidía como juez del Tribunal Eclesiástico el Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo P. Labrador, O.P.; actuando de Notario el Dr. D. Eliseo Cots, y el Dr. José M.ª Camps delegado en representación del Promotor de la Fe.

Una a una pasaron las testigos declarando sobre las preguntas solicitadas en un cuestionario sobre el martirio y vida de la Madre Josefina.

Eran las 8,30 de la tarde cuando el Tribunal Eclesiástico

ponía en sobre sellado los pliegos que contenían las declaraciones de los testigos.

Día 5. A las cuatro de la tarde llegó el Tribunal Eclesiástico. Antes de dar apertura a la sesión declaratoria, decidieron entrar en la clausura para visitar el Cementerio y poder dar fe, como es requerido, de haber visto la tumba, o nicho de la Mártir cuyos restos se conservan en este lugar del convento.

A las cuatro y media salieron de la clausura pasando al laboratorio para empezar la segunda sesión de declaraciones, hasta las 8,30 de la noche que se dio por terminado el trabajo de información sobre el cuestionario previamente presentado.

Debido al juramento que los testigos prestan ante el Tribunal Eclesiástico no puede decirse ni una sola palabra de lo que en estas sesiones se ha hablado hasta terminado el Proceso en Roma.

Solemne clausura del Proceso

El día 26 de febrero de 1963, en el Palacio Episcopal de Barcelona tuvo lugar la solemne clausura del Proceso Informativo para la causa de Beatificación, de nuestros Mártires Dominicanos, Religiosas y Terciarios de Barcelona, para entregar los Documentos a Roma en la Sgda. Congregación de Ritos.

En este Proceso está incluida nuestra querida Madre Josefina Sauleda Paulís.

Sto. Domingo, su Orden, su espíritu

“La Orden de Sto. Domingo es una de las más bellas realizaciones de la Iglesia en la edad media”.

El fundador de la Orden dominicana “Orden de Predicadores” nació en Calaruega (Burgos-España), el 24 de junio de 1170.

Burgos, provincia interior, está situada en la zona septentrional y gran meseta de Castilla.

Tierra de silencio y de grandeza; clima frío y húmedo.

Al sur de la provincia se halla la Villa de Calaruega, sin historia, perteneciente a la diócesis de Osma. Y un torreón del castillo de los guzmanes, restos del señorial Palacio patrimonio de la Bda. Juana de Aza.

A mediados del siglo XII esta fortaleza era propiedad de los esposos Don Félix de Guzmán y Juana de Aza, padres de Sto. Domingo a quienes el Señor había ya concedido otros dos hijos, Antonio y Manés.

El tercer hijo recibió el nombre de Domingo en recuerdo de Sto. Domingo de Silos al que su madre profesaba gran devoción.

De su padre heredó un espíritu audaz y de conquista; de su madre, un corazón noble, leal, bondadoso; y de los dos una esmerada educación moral y religiosa.

El pequeño Domingo es un aprovechado discípulo en esta escuela familiar donde se habla de Dios, de los santos y de las virtudes cristianas. En este ambiente de piedad su fe de niño evoluciona a ojos vistas.

A los 7 años al lado de su tío el Arcipreste de Gumiel aprende de los rudimentos de las ciencias y en los ratos libres juega con los demás niños del pueblo; es un niño normal y muy piadoso.

Durante las vacaciones se reúne con sus padres y hermanos, todo es alegría.

Cumplidos los 15 años es un jovencito encantador, sano, robusto, rostro hermoso, cabellos suavemente rubios y bellos ojos.

Su padre, D. Félix, lo admira, se refleja en él. Su hijo promete ser un gran guerrero continuador de las heroicas gestas de los guzmanes, y le habla y comenta con su hijo las glorias de los conquistadores y la célebre epopeya del Cid Campeador su compatriota...

Domingo escuchaba a su padre con verdadera pasión y siente enardecer en su pecho de joven español el entusiasmo para realizar cosas grandes.

Su madre piensa a lo santo e induce a su hijo a ser guerrero de Cristo.

Domingo en esta encrucijada de la vida y de opiniones, libre y respetuosamente manifiesta su opción que hace tiempo ha hecho: será Sacerdote. Ante su firme determinación y aconsejado por su tío el Arcipreste, pasa al estudio de la Universidad de Palencia donde se dedica por espacio de diez años a cursar la teología, la filosofía, el derecho canónico, y además otras ciencias.

Terminada la carrera es ordenado Sacerdote. Vistas sus relevantes cualidades es nombrado Canónigo del Cabildo de Osma, llevando una vida de Canónigo regular de recorte abacial, con asistencia de coro y culto divino, constitutivos de la vida monástica que años después impondrá a sus hijos los frailes Predicadores.

Domingo no ignoraba que el orador debía ser buen dialecto, saber definir, probar y deshacer los sofismas más sutiles. No se puede separar la retórica de la filosofía, por eso estudiaba.

Ntro. Padre era ya un hombre desbordante de ciencia sagrada, muy bien preparado, maduro, experimentado y sumamente virtuoso.

Muere el Obispo y le sucede D. Diego de Acevedo, Prior del Cabildo.

El Canónigo Domingo es nombrado para sucederle en el cargo de Prior del Cabildo.

La Providencia que maneja el destino de cada uno de los hombres, va preparando a Domingo para una misión nunca soñada.

Tiene treinta y tres años. Alfonso VIII Rey de Castilla era el Monarca más poderoso de España y goza de gran prestigio.

Queriendo concertar el matrimonio de su hijo Fernando con una princesa de Dinamarca hija del Señor de Las Marcas, confía esta legación al Obispo Diego de Acevedo y a su Prior Domingo.

Todo preparado y provisto de instrucciones, de las credenciales y de una pomposa comitiva, cargados de regalos, emprenden el camino.

Al pasar por Tolosa advirtió Domingo que los habitantes de aquel país habían caído en la herejía albigena y en su espíritu se despertó la primera idea de fundar una Orden apostólica para combatir la herejía, pero nada podía hacer por el momento.

Aquella misma noche, Domingo, convierte al hospedero, hombre hereje. Es la primera conquista y signo de la fantástica empresa apostólica que barrunta en su cabeza y que le espera.

Entre idas y venidas para cumplir, los delegados, la real orden, pasan dos años con un fracaso final por el fallecimiento de la princesa prometida.

D. Diego envió el triste mensaje y todo el cortejo (que ahora se podía llamar fúnebre) a España. Su misión diplomática había terminado.

El Obispo y Domingo emprenden viaje a Roma para hablar con el Papa; desean obtener el permiso para ir a evangelizar los pueblos nórdicos.

Preside la Sede de Roma Inocencio III el Papa más grande de la Edad Media.

El Papa les contestó que trataban de ir a buscar lejos lo que tenían al alcance de la mano y los encaminó hacia el Languedoc para combatir la herejía albigena.

Domingo que ya se veía misionero entre los cumanos tuvo una gran decepción. El posible martirio se le escapaba de las manos. Va a reanudar la rutinaria tarea diaria del Cabildo de Osma que se le antoja desde ahora muy limitada. Humilde, obedece, holocaustos los hay de muchas clases. Y, ¿quién sabe si otro día?

En mayo de 1206 llegaron D. Diego y Domingo a Montpellier, donde se entretuvieron con los legados pontificios, empeñados ya en la campaña contra los albigenes pero sin lograr éxito alguno dado a que se presentaban con gran autoridad,

boato y opulencia y sus contrincantes los herejes al revés, aparecían en suma pobreza.

Los dos españoles han reflexionado sobre lo que pasa y consideran que deberán hacer ellos lo mismo si quieren conseguir el fruto de su predicación. Humildes y decididos se enfrentan con aquellas dignidades y les dicen: "No es así hermanos, como habéis de proceder. Es imposible volver estos hombres a la fe con palabras solamente cuando lo que ellos quieren son ejemplares". Seguidamente el Obispo Diego y Domingo se descalzaron y vestidos pobremente se pusieron a evangelizar a aquellas ovejas descarriadas, no por medios coercitivos sino con amor y cantidad de vida.

Los frutos eran abundantes. El Espíritu del Señor guiaba todos sus pasos y los milagros confirmaban la verdad de su doctrina.

Desde este momento la predicación ha empezado y la Orden de Predicadores está en ciernes.

Después de una temporada de predicación el Obispo de Osma comprende que su misión está en el Languedoc y cree conveniente regresar a España para arreglar los asuntos de su obispado, luego renunciar a la mitra, y volver de nuevo a la predicación que ha empezado.

Al frente de la misión deja a su inseparable amigo y confidente Domingo con unos cuantos clérigos que le siguen.

Domingo fija su residencia en Fanjeaux.

Pero una vez más aquello de que "el hombre propone y Dios dispone".

El Obispo Acevedo marcha pero no volverá más. Muere en España el 30 de diciembre de 1207.

Cuenta el Bto. Jordán de Sajonia que conocida la noticia de la muerte del santo Obispo español, todos los que le acompañaban que se habían quedado con Domingo marcharon a sus casas.

Domingo se encuentra solo. ¿Qué hará? ¿Marcharse él también?

Hasta ahora había pasado desapercibido, como quien dice, a la sombra de aquella preclara e impresionante figura de su Obispo dotado de relevantes dotes de gobierno, santidad, gran humildad, todo un conjunto de belleza moral que conquistaba el afecto de cuantos le rodeaban.

Pero Dios no piensa como los hombres.

El Canónigo Domingo no se desalienta ante el inesperado suceso de la muerte de su amado Obispo. No pierde la esperanza y menos su confianza en Dios que le hace sentir más viva que nunca esta nueva llamada al apostolado.

Ora, y ora mucho, y hace penitencia.

Es entonces cuando reaparece nimbada de luz y de esperanza, la idea que hace unos dos años concibió y le daba vueltas en su cabeza de fundar una Orden apostólica de amplios horizontes con valor permanente, para combatir la herejía reinante en aquel país y esparcir el Evangelio por todo el mundo.

Hombre inteligente y realista, de espíritu dinámico ve que aquello es posible.

Mientras va gestando en su interior esta gran obra no cesa de predicar a los descristianizados cátaros, sufriendo muchas injurias y persecución de los mismos.

En otoño de 1206 Domingo, con el Obispo Diego, había fundado el primer monasterio de monjas en Prouille.

Domingo fue el alma de la fundación y superior inmediato. Las monjas ruegan por el que consideran como el padre de sus almas, su liberador y el protector de sus vidas.

Domingo partió para Tolosa para entrevistarse con el Obispo Fulco, exponerle sus proyectos y consolidar legal y canónicamente la fundación de Prouille.

El Obispo de Tolosa lo recibe y acoge paternalmente, aprueba la fundación y la dota de muchos bienes.

Desde ahora Tolosa es el centro de su apostolado con Montpellier y Carcasone. En 1213-1214 es nombrado Vicario General de la zona. Dos veces rechaza la dignidad episcopal que le proponen. Prefiere ser soldado raso y continuar libre en su campo de acción. El predica y recluta amigos. En Prouille tienen sus reuniones y vivencias pero ninguno se ha obligado con él ni comprometido seriamente.

En 1215 dos tolosanos se le agregan formalmente, uno llamado Pedro Seila que le ofreció unas casas que tenía en Tolosa; el otro llamado Tomás, era un hombre de excelentes cualidades y gran facundia. Luego se le asocian otros. Todos juntos ya forman Comunidad. Domingo tiene 45 años, está rodeado de seis compañeros, muy pronto serán diez.

Fulco, el Obispo, autoriza la fundación con un documento sellado.

Está creada la Orden. La noche se hace clara con siete estrellas que en breve se convertirán en constelación.

Superados algunos obstáculos, el 22 de diciembre del año 1216 el Papa Honorio III confirmó solemnemente la Orden de Predicadores. La nueva Orden cuenta con 16 miembros. En la mente del fundador arranca una idea; Fr. Domingo es hombre de conceptos claros. "El trigo amontonado se pudre" y para que esto no suceda, manda a sus 16 primeros hijos de dos en dos, por diversas ciudades de Europa.

Desde entonces se extiende la Orden de Predicadores por todo el mundo pregonando el Evangelio de Jesucristo.

La Iglesia cual árbol frondoso, siguiendo la consigna de su Fundador Cristo Jesús, extiende sus ramas en todas direcciones. "Id al mundo entero..." Mc. 16, 15.

Fr. Domingo ha aleccionado bien a sus hijas las monjas. Vuestra misión es rogar y hacer penitencia para que el apostolado de los hermanos sea fecundo. Y para que sea fecundo la vida íntegra de la monja ha de estar totalmente unida a Cristo del que procede todo don y gracia. "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí". Gal. 2, 20. Es de este modo que va realizando su misión específica la monja contemplativa; en su total oblación, toda intención particular alcanza una dimensión universal en la Iglesia que Cristo vivifica.

Domingo fue un santo extraordinario, de una personalidad excepcional, muy rico en matices y dotado de una fuerte unidad interior.

Obró mucho y escribió poco. Recorrió a pie gran parte de Europa proclamando la Palabra de Dios y abriendo casas para su numerosa familia que iba creciendo día a día.

Fue un gran contemplativo centrado en el encuentro con Dios del que se dice, que ordinariamente sólo hablada con Dios o de Dios.

Taumaturgo admirable, obró muchos milagros en vida y en muerte, y resucitó tres muertos.

Incansable en sus correrías apostólicas. En el año 1221 va a Bolonia para presidir el segundo Capítulo General de la Orden en que definitivamente se promulgará la legislación de los frailes.

Al poco tiempo enfermó y falleció el 6 de agosto de 1221 rodeado de sus hijos que reciben los últimos consejos de su Padre y Fundador.

El 24 de mayo de 1233 se trasladaron sus restos.

El 3 de julio de 1234 fue canonizado por el Papa Gregorio IX (el antiguo Cardenal Hugolino, amigo personal del santo).

El espíritu dominicano es acentuadamente social. Nuestro Padre no se alejó del mundo recluyéndose en la soledad de un monasterio. Muy al contrario; ancló sus casas en el centro de las grandes ciudades muy cerca de los hombres a quienes quería ganar para Dios.

La misión específica de la Orden de Sto. Domingo es difundir la VERDAD por eso su Fundador estructura su edificio espiritual con tres elementos básicos unidos entre sí: el estudio, la contemplación y la palabra.

Contemplata aliis tradere, es el lema de la Orden desde su origen. El Apostolado no debe impedir la contemplación, sino que ha de ser la manifestación desbordada de la misma. Este es el pensamiento fundamental de Sto. Domingo.

Domingo, cambiando las estructuras religiosas existentes hasta entonces, supo combinar la vida monacal, rezo y coro, con el apostolado. El tránsito de la contemplación al apostolado externo ha sido la nota original del Fundador de la Orden de Predicadores y que la distingue de las otras Ordenes existentes.

Fue el primer fundador de las llamadas Ordenes mendicantes. Un innovador, un auténtico revolucionario de Dios, como le llama un autor moderno (Jean Girou).

Domingo, hombre polifacético. La Iglesia en su liturgia lo proclama:

Luz de la Iglesia; Campeón de la fe; Varón evangélico; Doctor de la Verdad; Ejemplo de paciencia; Modelo de castidad; Pobre en cosas materiales; Rico en bienes celestiales; Asceta admirable; Hombre de oración, gran amigo de Dios...

Creador audaz y Fundador del Rosario. Hijo amante de la Virgen María.

Realizador de cosas grandes. ¡Padre santo! Proyecta sobre nosotros tu espíritu para que sepamos seguir tus huellas.

Resumen histórico del Monasterio de la Comunidad de monjas dominicanas de Montesión de Barcelona

La fundadora de este monasterio fue la Infanta D.^a María de Aragón, hija de D. Jaime II Rey de Aragón, "el justo", y D.^a Blanca de Nápoles. Era la primogénita de este segundo matrimonio del Rey, del que la siguieron cinco Príncipes i cuatro Infantas.

Nació D.^a María de Aragón allá por el año 1297 y según costumbre de la época fue prometida en matrimonio a la más tierna edad.

Cuando contaba quince años se celebraron las nupcias con el Infante Don Pedro de Castilla hijo de Sancho el "Bravo". A los pocos años de matrimonio murió su esposo en tierras de Granada luchando contra los moros.

Pocos años después entraba de Comendadora de la Orden de San Juan de Jerusalén, en Sigüenza, donde regentaba como Priora de dicho Monasterio su hermana D.^a Blanca de Aragón. Por causas de salud tuvieron las dos hermanas que abandonar la vida monacal retirándose a Barcelona.

Una figura se destacaba por entonces en el reino de Aragón: La del Religioso Dominico Fr. Nicolás Rosell, natural de Mallorca. Lumbrera del saber, Lector en Sagrada Teología, fue nombrado Cardenal por el Papa Inocencio VI.

Ante la justa fama de este ejemplarísimo y docto religioso, el Rey Don Pedro IV de Aragón le nombró "doméstico, familiar y Capellán de la real Casa", desempeñando, además el cargo de confesor del Monarca y de sus tías las infantas D.^a María y D.^a Blanca de Aragón.

Bajo la dirección del P. Nicolás Rosell grandes eran los progresos de estas almas en el Amor de Dios y afecto a la Orden dominicana, hasta el punto de proyectar de llevar a cabo la Fundación de un Monasterio de monjas dominicas en Barcelona imitando así a sus augustos padres el Rey Don Jaime II y Doña Blanca, que habían fundado el Monasterio de Santa Inés de Zaragoza (15 de agosto de 1300) con seis monjas de Prouille (Francia) en el mismo palacio que poseían para solaz de los príncipes de la Casa de Aragón.

El día 7 de junio de 1347 obtuvo la Infanta Doña María de Aragón la licencia para la erección del Monasterio. Licencia ampliada por su sobrino el Rey Don Pedro IV, "el ceremonioso" del Prior Provincial de los Frailes Predicadores, y de Fr. Nicolás Rosell, su confesor.

(La escritura fundacional se guarda íntegra en el Manual del Notario D. Pedro Borrell, 1347. Archivo Catedral de Barcelona. Como también al castellano del original latín).¹

Cumplido ya su ferviente deseo y puesta toda su hacienda en manos de Fr. Nicolás Rosell, para dar efectividad a la Fundación iniciada, hizo su profesión religiosa, considerándose la Infanta María "pertenciente a la Orden de las religiosas predicadoras de Sto. Domingo".

Todo el patrimonio de la Infanta Doña María se empleó para la construcción y dotación del convento que su voluntad era de que cobijara cien monjas que alabaran a Dios día y noche.

Contando con la Bula de Clemente VI, y empezada la obra, no pudo verla cumplida, ya que aquel mismo año 1347 moría en Barcelona, todo sin embargo quedaba encauzado y en vías de una próxima realización, dejando encargado al Rey Pedro IV su sobrino para la erección del monasterio.

Según sus disposiciones fue sepultada en la capilla mayor del Convento de Santa Catalina, de los Padres Dominicos, hasta que pasados tres siglos fueron trasladados sus restos al Monas-

¹ Historia del Convento por Antonio Paulí.

terio de Monjas Predicadoras por ella fundado, lo que tuvo lugar en 1649.

El lugar escogido para el nuevo vergel dominicano era el conocido por "Manso d'en Bissanya", junto a la Dressana o Atarazanas, extramuros de la ciudad donde el Rey Pedro IV puso la "primera piedra" el día 1.º de agosto de 1351.

En 1357 se hizo la inauguración con toda la real pompa. Se puso el Monasterio bajo el título de San Pedro Mártir, de la Orden de Santo Domingo.

Por aquellos días habían llegado a nuestra ciudad las fundadoras de este esclarecido Monasterio, procedentes de Prouille, primer convento fundado por Sto. Domingo, presididas por Sor Costanza de Bellera, que fue la Proto-priora, realizando esta casa monasterial en sus comienzos.

El ilustre Dominico, Cardenal Fr. Nicolás Rosell ausente de Barcelona de paso por Aviñón, en febrero de 1357, aprovechó la coyuntura para el traslado de dichas monjas Predicadoras al nuevo cenobio de Atarazanas; hecho memorable que tuvo lugar el 5 de marzo del mismo año.

No ofrecía empero gran seguridad el emplazamiento de dicho Monasterio, ya que a los dos años escasos de la inauguración hubo en las playas del puerto de Barcelona grandes combates bélicos, por lo que las monjas tuvieron que refugiarse ya en aquella ocasión dentro de la ciudad.

A causa del constante peligro de guerras e incursiones de piraterías no podía consolidarse la mansión dominicana en el lugar erigido, por lo que determinaron trasladarse definitivamente en el interior de la ciudad amurallada.

El Rey D. Pedro IV, gran protector del Monasterio, dioles en 14 de setiembre de 1370, unos patios y casas cerca del "Hospital d'en Colom" (hoy de la Santa Cruz) en la población del Carmen, y tanta urgencia tendrían por dejar el Convento de la "Dressana", que pasaron a ocuparlo el 17 de abril siguiente, acompañándolas, además del representante real, los PP. Predicadores bajo cuya obediencia estaban, y gran número de ciudadanos, viviendo aún la primera Priora, Sor Costanza de Bellera, que bajó al sepulcro el día 7 de setiembre de 1375.

Aun cuando se iban adaptando aquellas propiedades para el Monasterio, no resultaba tarea fácil, ya que la falta de espacio era una gran dificultad para su desenvolvimiento.

La distinción y afecto que tenía la Reina Doña María de Castilla, esposa de Don Alfonso V el "Magnánimo" al Monasterio de dominicas y comprobar las pocas condiciones que ofrecía para clausura aquel lugar, hizo todo lo posible para conseguir la compra del Monasterio de Santa Eulalia del Campo, en la Plaza de Sta. Ana que estaba a punto de ser abandonado por sus moradores los Canónigos de San Agustín.

Después de muchas gestiones interviniendo además de la Reina María, el Prelado, el Abad de Poblet y los Consellers, el asunto quedó resuelto con la Bula del Papa Martín V, a petición de los Monarcas.

El domingo día 4 de junio de 1423, la Comunidad se trasladó al Monasterio adquirido en la Plaza de Santa Ana.

Se componía el edificio conventual de "Iglesia, Claustro (el célebre claustro de Montesión construido a mediados del siglo XIV), cemeniterio, refectorio, dormitorio, casas, huertos y otras oficinas.

En su nueva propiedad cambiaron el título de San Pedro mártir, por el de Nuestra Señora de Monte-Sión cuya advocación tomaron de la Capilla existente en aquel cenobio donde se veneraba la imagen de María Santísima con tan hermoso título; y de grandísima veneración por parte de los fieles.

Muy pronto el local resultaba reducido para el crecido número de vocaciones y tuvieron que comprar terrenos anexos. Todo se hacía con las continuas y crecidas limosnas que recibían.

De esta manera quedó notablemente mejorado el Monasterio y las monjas de albo hábito pudieron disfrutar unos cuatro siglos de esta morada no sin tener que pasar por frecuentes vicisitudes de cortas y largas exclaustaciones hasta la supresión de las Ordenes religiosas. "Incendio de conventos" de 1835 que fue el terrible golpe para todos los Religiosos.

En 1837 las monjas exclaustadas consiguieron que se desocupara una casita de su propiedad al lado del convento, instalándose allí un buen número, concibiendo el propósito de penetrar en el coro de la iglesia, tentativa que lograron llevar a cabo abriendo un boquete en el espeso muro hasta conseguir penetrar por él en el templo, iniciando así una vida conventual clandestina el 7 de setiembre de 1838 con el rezo de las primeras Vísperas del Nacimiento de la Sma. Virgen, aunque todo se hacía a media voz para que los ocupantes del edificio no las

oieran. A pesar de tantas precauciones, no lograron pasar desapercibidas por lo que tuvieron que aguantar muchas molestias que intencionadamente les ocasionaban sus alborotados vecinos.

Durante este largo período el convento servía de cuartel, panaderías, etc. Se inició el Liceo Dramático de aficionados... En 1845 consiguieron la devolución del monasterio, después de diez años de exclaustación.

En 1868 a causa de la revolución setembrina la situación religiosa se agravó enormemente. Al año siguiente se les obligó a desocupar el convento que necesitaban para cuartel, relegando a la comunidad a una mínima parte del convento donde era imposible vivir.

En vista de ello, y existiendo, además, la orden de reducción de comunidades el Sr. Obispo, Dr. Montserrat Navarro, dispuso, con harta sentimiento, reunir a las monjas de Montesión con las Dominicas del Monasterio de Ntra. Señora de los Angeles.

Por un espacio de seis años, convivieron sus penas y alegrías ambas Comunidades. Durante este período hubo intentos de demolición del Monasterio...

Con la subida al Trono de España S. M. el Rey Don Alfonso XII en los comienzos de 1874 consiguieron la devolución del Convento por una R. O. del 16 de marzo de 1875.

En malísimas condiciones encontraron el edificio y dado a la imposibilidad de rehacerlo, ya que amenazaba ruinas por todos lados y para arreglarlo se precisaba afrontar un esfuerzo económico muy superior a los medios disponibles, la Comunidad, aconsejada por los Padres Ros y Espinás, Dominicos, determinó vender el inmueble y comprar un terreno para edificar otro de planta.

Al efecto adquirieron un solar en el Ensanche cercano al Paseo de Gracia (Rambla de Cataluña - Rosellón), que en aquella fecha no estaba aún urbanizado, siendo poquitas las construcciones levantadas en dicha zona, que luego en pocos años, alcanzó un insospechado incremento, hasta convertirse en una de las mejores vías de la ciudad.

El 27 de setiembre de 1886 comenzaron las obras del nuevo Monasterio, acelerando las obras de construcción para instalarse las Religiosas cuanto antes.

Tan pronto quedó el antiguo Convento expedito, comenzó

el derribo, desmontándose cuidadosamente los artísticos claustros para ser trasladados y montados piedra por piedra en el nuevo Monasterio. Comenzó su colocación en julio de 1888. A causa de los inadecuados medios de desmonte y transporte se quebraron muchas piezas quedando el claustro reducido a menos de la mitad.

La Iglesia también fue trasladada en parte. Terminadas las obras se procedió a la solemne inauguración que tuvo lugar el 10 de diciembre de 1890.

Quince años más tarde entraba en este cenobio como postulanta, la Srta. Buenaventura Sauleda Paulís, nuestra M. Josefina.

Dios "Amante Cruel" (p. 292)

"Donde no hay distinción, hay confusión."

La cueltat pot ser amor o traïció.

La cueltat pot ser amor permetent que

aquella persona passi uns infriments, víctima de la cueltat humana. Deu no condemna fructu.

"Dios lo hizo pecado." És la frase més forta que hi ha a la Sagrada Escriptura.

Deu hiva fer arceixer al Sant Cur d'Arc el pecat a la infern, i.e. ve enfansar, tremolant, Jesús a la Creu va portar tots els pecats del món.

El pecat és molt més profund que la destrucció de l'home. Per així el Infern és etern!

El pecat és la destrucció de Deu en l'home, destrueix a Deu en l'home.

Jesús era Deu, magadió pecen mai, i Deu el ve fer pecat!"

"Deu meu, Deu meu per què heu abandonat." És trob = am el peccador, reune Deu!"

Ve pagar pels pecats dels altres!"

Jesús i Maria, la sang de tota la humanitat, ell que és Deu i home, nasut de Maria, mare de la humanitat, Mare de Deu.

Conversa amb dos sacerdots de l'Opus Dei:

M. Francesc Salvà (71a) i M. Felip al Centre sacerdotal de Miraval, St. Agust, 7/7/109.

Quan diem "Diu es un avant cruel" es un
dir, però no té una significació angle-
tament literal.

Igualment cal distingir amb l'expressió
"Diu el ve fer pecat". No feu pecat
intrínsecament. El Fill de Déu no
es va convertir en pecat o peccador,
però sí que va pagar pels pecats del
mónh, amb si fo el culpable dels
pecats.

☞ El hombre vive perdido en esta vida,
mientras no profundiza en la bondad
de Jesucristo, meditando los sufrimientos
de su Pasión. Por esto el hombre debe entrar
con todo amor en los sufrimientos de la
Pasión de Jesucristo... J. P. II
☞ Cuando este hace, el hombre descubre que es
avocado por el creador y encuentra el sentido de
su vida.

En el Universo hay miles de millones de
galaxias y miles de millones de estrellas

en nuestra Galaxia. La luz, a 300.000
km/s, tarda 100.000 años en atravesar
de punto a punto nuestra Via Láctea
Que admirable es que DIOS se preocupa
tanto de nosotros y que nos brinje
avocado hasta el punto de entregarnos
a su hijo!


Lo "entrego" por todos nosotros.
En este entregarnos, también hay que
distinguir entre sus posibles matices.
Entregar es, por un lado, un act de
a un gobierno. Por y por otro lado,
es también traición!

No podemos decir que el Padre traiciona
a su hijo, literalmente; pero si que
se puede decir que parece como si lo
traicionara al entregando por nos-
otros (Pero sabemos que Dios no
es traidor, por Dios es AMOR!!)
De lo más a manera pues, Dios parece
como si fuese un "avant cruel" para
claro que no lo es, aunque lo parezca,
DIOS es AMOR!

Conversa amb la germana Clotilde Guataubens (6a.)
dominic de Montrió, ingressada a la Clotilde Guada-
lupe d'Espulgues. Li porto la comunitat després de
celebrar la missa al monestir. L'acompanya la
germana M^{re} Àngels. Parlein de la vocació. Ella, la
germana Clotilde, diu que de molt jove volia
1936-1986

En el cinquenta aniversario del martirio de la
Sierva de Dios M. Josefina Saufeda Paulis O.P.

D. M. D.

ser monja, però ser dominica de clausura hauria
venir, per l'Esperit Sant. Pq, durant la guerra
servien a casa seva  a magrat un capella
dominic, el Pare Llet, que era el capellà de
Montrió. Va entrar als 27 anys, el 1940.

El poble de la catiguista de confirmant que va ser
nombrada dominica a Bolnys, pq preguntà per ella.
Quan es preguntà que en digués una germana per
a ella perquè pensava fer novat al claustre, em diuen
que així de la vocació a prelum molt personal!!
La germana M^{re} Àngels ofereix: jo vull entrar
fa 22 anys, als 50 anys d'edat. Deu vida

Pedidos:

Libreria Claret.

P.P. Dominicos, Bailén, 10. — 08010 — Barcelona.

Dominicas, C/ Iglesia, 82. Esplugues de Llobregat. Barcelona.

tot hom a la santedat, e or com Ell!! Es en
aquet, era morament de Deu que sofereix la
deixis a deixar-ho tot!! Deu vida tot hom,
a tots, e or Sants, (com Ell e Sant).

Una religiosa d'Unguy, dominica de Montrió,
està amb la mare prava, Srta Mitecanat Salvador
acompanyant-me durant l'estrucció al rebedor
del monestir. Es llegixo aquesta pàgina
sobre "Deu, un amant mel!!" Ella, la religiosa
d'Unguy ofereix que al llibre de l'Amic
de l'Amat (?) hi ha un al tre gamatze
semblant al que la biografa Catalina Febrer
fa referència = "l'Amic hi diu a l'Amat. Co al
revés?" i li pot argumentar els sofiments,
aquet li respon que sí, amb una concinca,
que hi argumenta l'AMOR!" (vegen p. 292)

(5/5/10) continuació

me contem los sobris de la M. Josefina que
Srta Catalina Febrer se gregaba que el
procés de beatificació també en elegar
pues a ell li pareix que esta falta de interès
en promoure la beatificació era debido a
que no se hebian concido personalmente.